

MARTA ELENA SAMATAN

GABRIELA MISTRAL

CAMPESINA DEL VALLE DE ELQUI



INSTITUTO AMIGOS DEL LIBRO ARGENTINO
BUENOS AIRES

GABRIELA MISTRAL

CAMPESINA DEL VALLE DE ELQUI

150910

GABRIELA MISTRAL

CAMPESINA DEL VALLE DE BQUI

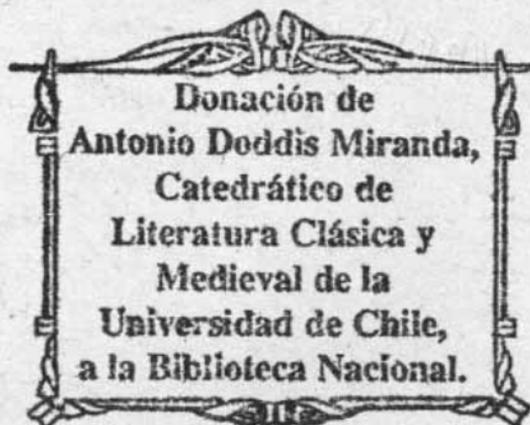
Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723

Impreso y editado en la República Argentina

MARTA ELENA SAMATAN

GABRIELA MISTRAL

CAMPESINA DEL VALLE DE ELQUI



INSTITUTO
AMIGOS DEL LIBRO ARGENTINO
BUENOS AIRES

*A la memoria de
Emelina Molina de Barraza*

*Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.*

*(GABRIELA MISTRAL: Todas íbamos
a ser reinas).*

PALABRAS PRELIMINARES

Circunstancias familiares han favorecido mi conocimiento de innumerables pormenores de la vida elquina de Gabriela Mistral. A los numerosos detalles suministrados por mi propia familia, debo añadir los valiosos recuerdos que me ofreció la asombrosa memoria de Emelina Molina de Barraza, la hermana materna de la escritora, la inolvidable maestra de Montegrande. A esa inapreciable memoria viva, cargada de afectos, se agregó una información documental de valor incalculable: el minucioso archivo formado año tras año por mi gran amiga Isolina Barraza de Estay. Podríamos llamarlo Archivo Gabrielino.

La familia Barraza trabó relación con Emelina —con la que no tenía ningún parentesco— cuando ésta era directora de la escuela de Arqueros, por el año 1905. Mucho tiempo después, viviendo Emelina en la casa de la escuela que dirigía en La Serena, calle Balmaceda N° 216, los Barraza ocupaban la casa de al lado. Isolina, joven estudiante de humanidades, era muy amiga de Graciela Barraza Molina y la visitaba con mucha frecuencia, pues la endeble

salud de la niña la obligaba a la reclusión hogareña. Las veladas junto a Petita, Emelina y Graciela hicieron que Isolina Barraza se familiarizara con la presencia espiritual de Lucila Godoy Alcayaga, ya transformada en Gabriela Mistral, que entonces residía en México. En 1923 Graciela le regaló a su amiga dos cuadernos llenos de recortes referentes a su tía. Algunos procedían de diarios y revistas de Chile. Otros venían del extranjero. Los había de "El Telégrafo", de Guayaquil; de "El Tiempo", de Bogotá, y del "A.B.C.", de Madrid.

Esa abundante información periodística, unida al conocimiento que ya tenía de la obra poética de Gabriela, despertó en Isolina el deseo de seguir acumulando datos sobre esa elquina ya famosa en todo el mundo de habla hispana.

Al principio, se contentaba con artículos de publicaciones chilenas. Los recortaba cuidadosamente y los pegaba en álbumes especiales. Luego fue ampliando su radio de acción y logró obtener una verdadera documentación, de lo más variada, sobre la vida y la obra de Gabriela. Más tarde, añadió fotografías y papeles de familia. Emelina se interesó por esa labor y le proporcionó valioso material. Lo que Isolina no sospechaba al iniciar su trabajo era que ese archivo iba a crecer desmesuradamente a medida que aumentaba la celebridad de Gabriela Mistral.

Obtenido su bachillerato, Isolina Barraza se trasladó a Santiago en 1924 para iniciar sus estudios universitarios. En 1925 pudo conocer personalmente a Gabriela. Esta había regresado transitoriamente a Chile a comienzos de febrero. Isolina fue a verla en la misma capital, en calle Chiloé donde residía en esa época. La escritora le dispensó una acogida sumamente cariñosa. La joven visitante ostentaba el mejor de los títulos para merecer ese trato preferencial: tenía hondas raíces elquinas. Además, Lucila Godoy Alcayaga conservaba frescos sus recuerdos personales de Arque-

ros y no había olvidado la cordialidad de los Barraza para con Emelina. La gratitud fluía de Gabriela como la sonrisa o la simpatía. Jamás se le borraban las gentilezas que se habían tenido con su persona y se sentía íntimamente obligada por ellas. Muchos años después, estampó esta dedicatorio en un ejemplar de "Tala": A mi Isolina Barraza de Estay, en el viejo cariño y la gratitud de su Gabriela.

¿Qué tendrá que agradecerme Gabriela? se preguntaba Isolina. Pero la sensibilidad de la escritora sabía a qué atenerse.

Isolina continuó sus estudios farmacéuticos, los terminó y regresó a su provincia de Coquimbo. Había seguido juntando papeles sobre Gabriela Mistral con un fervor que iba en aumento. Su estrecha amistad con Emelina —Graciela había muerto en 1924— le proporcionó un contacto indirecto, pero frecuente con la vida andariega de la escritora. Emelina contribuía a enriquecer el archivo. Años después, ya vieja y enferma, le fue regalando una por una todas las reliquias de su hermana. La hizo depositaria de todos sus recuerdos.

Cuando Isolina formó su hogar en 1939, se instaló en Vicuña, capital del departamento de Elqui y cuna de Lucila Godoy. Desde el 30 de noviembre de 1935 funcionaba en la localidad el Centro Cultural "Gabriela Mistral". Había constituido una biblioteca sobre la base de ochocientos volúmenes donados por la escritora. Isolina se incorporó a las actividades del Centro y contribuyó eficazmente al desenvolvimiento de la institución desde el cargo de secretaria que desempeñó durante varios años.

A Isolina Barraza de Estay le tocó intervenir en dos importantes empresas patrocinadas por el Centro Cultural.

Una de ellas fue la de adquirir la casa natal de Gabriela Mistral para reunir allí todos los recuerdos de la gran escritora. La idea se fue abriendo camino, se formó una

comisión especial, se interesó a algunos diputados y, por fin, después de largos años, el solar fue expropiado y declarado monumento nacional

Luego de algunas reparaciones y ampliaciones indispensables pudo comenzar la instalación del museo de Gabriela. El edificio quedó en manos del Centro Cultural y su primera directora fue Isolina Barraza de Estay, designada el 25 de setiembre de 1957. Era, en realidad, su creadora. La mayoría de los objetos allí reunidos habían sido donados por ella y casi todos provenían de la casa de Emelina. Isolina Barraza no vaciló en desprenderse de todos esos recuerdos que le habían sido confiados considerando que el mejor destino que podía darles era el de enriquecer ese soñado museo, convertido en realidad, en memoria de la gran elquina.

La otra empresa tomó cuerpo después del premio Nobel, en 1946. Era el proyecto de erigir un monumento a Gabriela Mistral.

La iniciativa fue de Isolina Barraza de Estay. Expuso el proyecto ante una reunión de vecinos y lanzó el nombre de la escultora Laura Rodig para su ejecución, pues sabía que ésta iba a poner su arte y su entusiasmo en esa tarea. Laura Rodig, antigua alumna de Gabriela Mistral en Los Andes, había colaborado con ésta en Punta Arenas y en México, Por esos años realizó una magnífica cabeza de la escritora, conservada por Emelina y que pasó a enriquecer el museo vicuñense. La idea fue acogida con entusiasmo, surgió un Comité Organizador y éste se puso a trabajar denodadamente para reunir los fondos necesarios. Isolina fue el alma de toda esa actividad y desde la secretaría desplegó un celo extraordinario. Con todo, no pudo lograrse la suma ambicionada y hubo que renunciar al grupo escultórico soñado en un comienzo y contentarse con un

busto que fue inaugurado en febrero de 1956 en la plaza de Vicuña.

Isolina Barraza de Estay todavía conserva en su poder el Archivo Gabrielino. Ese enorme archivo reunido a través de largos años y paulatinamente enriquecido con piezas valiosísimas forma, en verdad, parte de su vida y por eso no se decide a desprenderse de él. Pero lo ofrece generosamente a quien desee ahondar en la vida de Gabriela.

He tenido el privilegio de ser una de las favorecidas, no sólo por la libertad con que pude consultar esa abundante documentación sino también por la decidida y desinteresada colaboración prestada por esta gran amiga elquina. Quede aquí el testimonio de mi gratitud.

GABRIELA MISTRAL,
CAMPESINA DEL VALLE DE ELQUI

En el extremo de América del Sur sobre el océano Pacífico, se alarga la estrecha faja chilena, desde el trópico hasta la Antártida. Raro país, angosto pasadizo entre mar y cordillera país de contrastes en vegetación y paisajes, en clima y producciones.

“Si el continente nos prestó escabel en vez de asiento, el mar nos ha dado todas las posibilidades en casi cuatro mil quinientos kilómetros de costa”, dice Gabriela Mistral.

De norte a sur, a lo largo de esa costa, el país se va dividiendo en regiones de bien marcado deslinde. Empieza con las salitreras del Norte Grande, zona muy rica en minerales y pobre, pobrísima, en agua y plantas. Luego siguen los valles transversales que arrancan de la cordillera y terminan en el Pacífico, abarcando una vasta extensión erizada de cerros apretados donde algunos ríos se abren paso penosamente en su intento de llegar al mar. Después viene el valle central, la única parte relativamente llana de este largo territorio, la región más rica, más poblada y más conocida. A continuación encontramos la magnífica selva sureña, antiguo dominio del araucano, donde los copihues

decoran intrincadas ramazones, impenetrables y majestuosas. Es lo que Gabriela Mistral ha denominado el *trópico frío*. Por último aparecen las recortadas islas y costas antártidas, como piezas de algún fantástico rompecabezas de demiurgos.

Así es Chile, la patria de Gabriela Mistral. Su patria grande. Pero nunca lograríamos comprender plenamente la personalidad de la escritora si hiciéramos caso omiso de su patria chica, el valle de Elqui, el tercero de los valles transversales chilenos.

Esa región de los valles transversales suele recibir el nombre de Norte Chico, Benjamín Subercaseaux prefiere el de *país de la senda interrumpida*. Se extiende sobre cuatro provincias: Atacama, Coquimbo, Aconcagua y Valparaíso. Tiene su comienzo en el valle de Copiapó y su término en el de Aconcagua. Este ya ofrece apreciable anchura, anunciando la proximidad del valle central que empieza al otro lado de la cuesta de Chacabuco.

El Norte Chico ha sido zona minera y agrícola aun antes de la llegada de los españoles. Algunos de sus minerales gozaron de gran renombre, como la plata de Chañarillo —donde trabajó Sarmiento— y la de Arqueros, el cobre de Punitaqui y de La Higuera. Entre los cerros coquimbanos se levanta el santuario de la Virgen de Andacollo, venerada por los mineros desde la época colonial. Todos los años, para el 26 de diciembre, llegan los *apires* en medios de transporte de todas layas, a depositar sus mandas y a enrolarse como *chinos de la Virgen* para rendirle culto con bailes y cantos.

Sin embargo, a pesar de toda su tradición minera, esta región no puede competir en ese terreno con la riqueza del Norte Grande. Halla su desquite en la agricultura, hecha a base de riego porque las lluvias son sumamente escasas. Las tierras aprovechables dependen de la extensión de la

red de canales y acequias. La calidad compensa ampliamente esa forzosa limitación en los productos.

La provincia de Coquimbo es una larga sucesión de angostos valles transversales que cruzan los apretados cordones cerriles que se empeñan en arrastrar la cordillera hacia el mar: Elqui, Hurtado, Limarí, Rapel, Río Grande, Hua tulame, Combarbalá, Cogotí, Choapa. Las aguas de esos ríos andinos se precipitan vertiginosamente por el corto y empinado declive. Vano fuera soñar con perezosas contemplaciones en esa poca distancia que media entre las cumbres y el océano.

El primero de los valles coquimbanos, el de Elqui, está situado en el confín norte de la provincia, a la altura del paralelo 30. Lo precede el de Huasco, en la provincia de Atacama, y le sigue el de Hurtado. Este desemboca, luego, en el de Limarí.

El Elqui desagua en la parte media de una amplia bahía en cuyo extremo sur, sobre la punta Tortuga, se levanta el puerto de Coquimbo. Al norte avanza la punta Teatinos, nido de loberas, dominada por los cerros Brillador y Juan Soldado. Sobre una meseta empinada hacia los cordones cerriles, bordeando la orilla izquierda del río, frente al mar, se yergue la vieja ciudad de La Serena, capital de la provincia, fundada a mediados del siglo XVI por don Francisco de Aguirre. Ciudad tranquila, apacible, de clima deliciosamente templado. La tradición le ha pesado como lastre y recién ahora se está liberando de ella y evolucionando con el siglo.

Sobre el costado norte de La Serena se abre la entrada del valle de Elqui. Cuando se contempla el panorama desde la playa se ven los cerros multiplicarse y ascender hacia el levante. En cuanto empieza el otoño las últimas crestas se cubren de nieve.

La población del valle se concentra junto al río, a los

canales, a las acequias. Entre los cerros sólo se encuentran algunas *aguadas*, manchones verdes surgidos alrededor de algún manantial. Esos cerros elquinos se ofrecen desnudos, pelados, agrestes. De vez en cuando presentan hendiduras gigantescas que nos hablan de cataclismos remotos. A medida que avanzan hacia la cordilera van tomando extraños coloridos rojos, amarillos, azulados. Al atardecer se envuelven en tenues gasas color malva:

*En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo o azafrán.*

En medio de ese impresionante apretujamiento de cerros la gente carece de la libertad de movimientos del habitante de la llanura, donde todo se vuelve horizonte. En el valle de Elqui se puede ir *para arriba* o *para abajo*, es decir hacia la cordillera o hacia la costa. O bien *para el alto* o *para el bajo*, es decir hacia los cerros o hacia el río.

El valle se va estrechando a medida que avanza hacia la cordillera. La angostura hace que los cultivos se yergan en verticalidad y los encajes verdes de las viñas cubren las empinadas laderas hasta la última posibilidad de riego.

Los pueblos, o remedos de pueblos, no tienen espacio para extenderse. Están formados por una sola calle angosta, zigzagueante, amoldada a las curvas cerriles, calle que se confunde con el camino en cornisa, camino de pronunciadas cuestas y poco tranquilizadora anchura, pero que sirve de vínculo a las gentes de tierra adentro hasta perderse por extraviados vericuetos andinos. "Es el valle mirado desde lo alto —observa Gabriela Mistral— una especie de collar roto: son las aldeas con su treintena de casas blancas, veladas por los árboles".

Esas casas no tienen más remedio que pegarse a los

cerros y subir con ellos el repecho o irse en pendiente hacia el río. La noción de horizontalidad termina por desaparecer en el valle de Elqui.

Toda esta región estuvo poblada antiguamente por los diaguitas. Más tarde conoció la dominación quichua. En esas tierras encontramos numerosos nombres indígenas junto a los españoles: El Tambo, Peralillo, San Isidro, Diaguitas, Paihuano, Chapilca, Huanta, Ingaguás, Cochiaguás, Montegrande, Alcohuás.

La fruta es la gran riqueza del valle, la riqueza tradicional desde los albores de la conquista: uva, duraznos, higos, nueces. El sol elquino —“el sol más sol que darse puede”— hace que esa fruta sea de una dulzura excepcional. Ya Darwin, al visitar la región en 1835, había observado que la fruta de los fundos cordilleranos era mucho más sabrosa que la cosechada cerca de la costa.

“Mi tierra de ambrosías”, llama Gabriela a su valle. Y al evocar a los Andes abrumadores, “carne de piedra de la América”, recuerda:

*Pasas el valle de mis leches,
amoratando la biguerada...*

Fácil es comprender que la gente del valle de Elqui es esencialmente campesina. Vive de la tierra penosamente cultivada. Debe disputar el suelo vegetal a los cerros pedregosos, debe limpiarlo de cantos rodados, abonarlo periódicamente y regarlo de acuerdo con turnos rigurosamente establecidos. El elquino nunca desperdicia el terreno cultivable, por pequeño que sea. Desde tiempo inmemorial practica la más sabia de las culturas intensivas. Gabriela lo ha dicho: “Donde hay una abolladura, una cresta o una pelambre del suelo sin verdura alguna, es que aquello es roca viva; donde el elquino halle tres dedos de greda, aunque sea mala, y posibilidad de agua, allí pone lo costoso

o lo fácil: duraznos o vides o higueras”.

Esta es la tierra natal de Lucila Godoy Alcayaga, más conocida por su glorioso seudónimo de Gabriela Mistral. Hija de Jerónimo Godoy Villanueva y de Petronila Alcayaga Rojas, nació en la pequeña ciudad de Vicuña, capital del departamento de Elqui, el 7 de abril de 1889. Pero toda su infancia, hasta comienzos del siglo XX, transcurrió en la aldea de Montegrande, *para arriba*.

Por eso la escritora invocará siempre su calidad de campesina elquina:

“Siempre vivo unida al recuerdo de aquel sitio donde bebí la *ruralidad* que nunca he perdido. Campesina he sido siempre”.

Afirma en otra oportunidad:

“La patria es la infancia, el cielo, el suelo y la atmósfera de la infancia... Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos...”

Los recuerdos de Elqui, de la infancia elquina, persistirán en Gabriela a través de los largos años de destierro voluntario. En muchos de sus poemas asoma su valle natal.

En el canto a la cordillera de los Andes, “Madre yacente y Madre que anda”, afirma que:

*Donde son valles, son dulzuras;
donde repechas das el ansia...*

y luego surge el recuerdo:

*¡En el cerco del valle de Elqui,
en luna llena de fantasmas,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrojadas!*

En el momento de las añoranzas, entre las cosas que amó y ya no tiene, pone a su río:

*Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturía de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.
O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños, nos tenemos.*

Insiste en su rememoración una y otra vez:

*A la casa de mis niñeces
mi madre me traía el agua.
Entre un sorbo y el otro sorbo
la veía sobre la jarra.*

.....
*Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada.
Será esto la eternidad
que aun estamos como estábamos.*

En su *Recado de nacimiento*, encontramos:

*Pienso ahora en las cosas pasadas,
en esa noche cuando ella nacía
allá en un claro de mi cordillera.
Yo soñaba una higuera de Elqui
que manaba su leche en mi cara.
El paisaje era seco, las piedras
mucho sed, y la siesta, una rabia.*

Desde tierra mexicana lanza un clamor sobre los años lejanos que amenazan perderse:

*Vamos, al fin, caminando
¡Montegrande y el Mayab!*

*Cuesta repechar el valle
oyendo burlas del mar,
pero a más andamos, menos
se vuelve la vista atrás.
La memoria es un despeño
y es un grito el recobrar.*

Al recibir en tierras europeas el regalo, valioso para ella de una caja de pasas elquinas, todas las laderas de los fundos van a su encuentro:

*Van saliendo los sartales
de abejas y de cigarras
con sollamo de diez soles
y enjutas, pero enmieladas.
Cepa mía vendimiaron
Ana y Rosa al sol dobladas.
En sarmientos, lagarteando,
donde yo corté, cortaban,
y toparon con mis dedos
de niña entre la maraña...
Los que llegan palpan todo
y se quedan sin la gracia:
ladera y viña no ven;
no cae el Valle a sus caras.
Ellos festejan racimos,
yo festejo resolanas,
gajos vivos de mi cuerpo
y la sangre mía arribada...*

Más de una vez el valle de Elqui ha sido evocado en esa prosa rica y jugosa de la gran escritora. En el prólogo escrito para el libro de la poetisa elquina María Isabel Peralta, *La caravana parda*, comienza diciendo:

“El valle de Elqui; una tajeadura heroica en la masa montañosa, pero tan breve, que aquello no es sino un

torrente con dos orillas verdes. Y esto, tan pequeño, puede llegar a amarse como lo perfecto”.

“Tiene perfectas las cosas que los hombres pueden pedir a una tierra para vivir en ella: la luz, el agua, el vino, los frutos ¡y qué frutos! Lengua que ha probado el jugo de su durazno y boca que ha mordido su higo morado, no será sorprendida en otro por mejor dulzura”.

En otra oportunidad lo describe así:

“El valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero puede encontrarse en cualquier país; he andado bastante y no conozco región más angustiada de suelo vegetal y en el cual, sin embargo, vivan tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle”.

En la aldea elquina de Montegrande vivió Lucila Godoy desde antes de cumplir los tres años, entre su madre y su hermana materna, Emelina Molina, quince años mayor que ella. El padre vivía lejos del hogar. Tenía muy olvidada a su familia. Más tarde la abandonó por completo.

Emelina acababa de ser nombrada directora de la escuela del lugar. A pesar de su juventud, se había convertido en el sostén de los suyos. Más adelante, Lucila cursó sus estudios primarios bajo la inmediata dirección de la hermana. Conviene destacar que esos estudios elementales fueron casi los únicos realizados por ella. Gabriela Mistral nunca pudo completar la escuela primaria y jamás concurrió a ninguna escuela secundaria.

Al escribir su poesía *La maestra rural*, incluida en

Desolación, Gabriela estaba recordando a Emelina:

*La maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!*

Montegrande está situado sobre la orilla izquierda del río, frente a la confluencia del Alcohuás o Derecho con el Cochiguás. Esos ríos arrastran aguas transparentes y frescas, aguas cordilleranas. El caserío no puede ser más breve y poco o nada ha variado con los años. Una sola calle se retuerce contra las faldas cerriles y unos pocos callejones se abren paso por las laderas para bajar hacia el río y cruzar a la otra banda. La angosta gargante del Cochiguás se dirige hacia el este, cada vez más apretada, en busca de las altas cumbres, lo que no impide que algunos fundos se impongan sobre sus barrancos y cuelguen sus verdes encajes de los cerros.

La casa de la escuela era de adobe y muy humilde, como todas las del lugar. Estaba construida sobre la ladera del cerro, en un rellano situado a un nivel más bajo que el camino. Un huerto frondoso descendía hacia el río, pero sin alcanzarlo. Los altos cerros defendían el horizonte y sólo permitían entrever una lonja de ese cielo elquino, tan azul. Casi sobre las casas de la aldea se alzaba el *Campanario*. En frente se erguía el *Frailé*. La vista sólo podía extenderse en limitada lejanía sobre la cinta verde del valle.

La vida era de una sencillez primitiva. Emelina consagraba la mayor parte de sus horas a la enseñanza. La madre se entregaba sin descanso a tareas de costura y a la atención del hogar. Lucila jugaba cerca de ella. Todavía no se atrevía a alejarse para lanzarse al descubrimiento de ese mundo de cerros que la circundaba.

Petronila Alcajaya Rojas, Petita, era una mujer peque-

ña, animosa y alegre. No la amilanaron los sinsabores familiares ni la acobardaron las privaciones impuestas por la pobreza. Su hija la ha recordado muchas veces en sus escritos:

*Mi madre era pequeñita
y como la menta o la hierba;
apenas echaba sombra
sobre las cosas, apenas,
y la tierra la quería
por sentirsela ligera
y porque le sonreía
en la dicha y en la pena.
Los niños se la querían,
y los viejos y la hierba,
y la luz que ama la gracia,
y la busca y la corteja.*

.....
*¿A quién se la estoy contando
desde la Tierra extranjera?
A las mañanas la digo
para que se le parezcan:
y en mi ruta interminable
voy contándola a la Tierra.*

Lucila empezó a corretear por los aledaños de la casa, sin separarse mucho de la madre. Así fue creciendo en íntimo contacto con la naturaleza cerril. Petita era quien la guiaba en esas excursiones por las asperezas del valle:

"Madre: Yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas... Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus *mimos*... En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los seres, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu

hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡ tan extraña!, en que la habías puesto a existir... Y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras sólo usaron después de los nombres hermosos que tú ya habías entregado... Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita cual un pliegue vivo de tu falda, salí a conocer nuestro valle... Gracias en este día y en todos los días por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios..."

En esta prosa, escrita en México hacia 1923, está el germen del poema *La Cuenta Mundo*, incluido en "Tala" en 1938.

Cuando fue más crecidita, Lucila tuvo algunas amigas. Durante el verano andaban descalzas —a *pata pelada*—, como dice la gráfica expresión chilena. Se metían en las acequias, recogían menta y yerbabuena, trepaban por las laderas:

*Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del bigueral.*

Pero no siempre Lucila hallaba grata la compañía de otros niños. Le gustaba explorar el huerto a solas, perderse entre los árboles, contemplar infatigablemente las bestiecitas que descubría o las plantas que echaban gajos olorosos.

"Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros en el día, como es el lagarto verde, bebedor de sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras y solías decir que tenía fiebre cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando con las copas retorci-

das y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño embelesado”.

Lucila empezó a ir a la escuela. Aprendía sin esfuerzo. Era evidente que poseía una inteligencia despejada y una aguda capacidad de comprensión. Sus progresos fueron rápidos. La atmósfera escolar la tornó más sociable. Jugaba en los recreos con las demás niñas y se reía con ellas, y cantaba, y hacía rondas. Sus compañeras preferidas eran Auristela Iglesias, Arismenia Rodríguez y, sobre todo, Cristina Pinto Hevia, que debía morir antes de llegar a la adolescencia.

Pero el contacto diario con otros niños no disminuyó su tendencia al ensimismamiento. De repente, se quedaba pensativa, se apartaba de sus compañeras y se entregaba a un mundo desconocido para los demás. Volvía a ser una niña retraída y silenciosa. Le gustaba arrojarse al suelo, sobre la hojarasca, y sentirse una con la tierra. Solía pasar largo tiempo escuchando el murmullo del agua que corre, o mirando la llama de una fogata, o contemplando ese horizonte de cerros de colores tan diversos, donde se mezclaban los rojos con los azafranes. Muy a menudo pensaba en el mar. Ese mar que le despertaba un irreprimible anhelo hacia lo desconocido. Sabía que estaba detrás de todo ese cerrerío que se iba hacia el poniente. No demasiado lejos. Decían los mayores que se alcanzaba a divisar desde la cumbre del *Fraille*. Muchas cosas se le ocurrían entoces, pero prefería no mentarlas. Nunca hubieran podido comprender los mayores que:

*Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.*

Entre su madre que le contaba el mundo y su hermana que la iniciaba en el saber escolar, transcurrió la infancia

de Lucila Godoy Alcayaga. Cerros, viñas, higuerales y duraznales eran todo su horizonte. Había aprendido a amar el sol, el agua que corre, el viento, los lagartos, los grillos, las piedras y el cielo azul.

“Cuando yo me acuerdo del vallè —dice—, con ese recordar fuerte, en el cual se ve, se toca y se aspira, todo ello de un golpe, son dos cosas las que me dan en el pecho el mazazo de la emoción brusca: los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza, y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros”.

En toda la poesía de Gabriela Mistral repercute su infancia campesina. Nos habla de trigo, maíz, lagares, viñas, pasas, higueras, nogales, almendros, senderos de montaña, murmullos de agua de acequia.

No ha olvidado el sabor del pan amasado en los fundos y los añora con pena:

*Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal
disfrutados en mesa de pino,
que negamos, mejor, su verdad,
y decimos que siempre estuvieron
nuestras vidas lo mismo que están,
y vendemos la blanca memoria
que dejamos tendida al umbral.*

Su nostalgia surge en cantidad de estrofas:

*Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.
Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fue una mujer haciendo el pan*

*y yo su santa boca veo.
Viene un aroma roto en ráfagas;
soy muy dichosa si lo siento;
de tan delgado no es aroma,
siendo el olor de los almendros.*

*Me vuelve niños los sentidos;
le busco un nombre y no lo acierto,
y buelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro.*

Su cariño profundo y constante por el terruño se traduce en esta queja:

*Perdí cordilleras
en donde dormí;
perdí buertos de oro
dulces de vivir...*

Para Gabriela Mistral el valle de Elqui ha sido "la dicha fiel y la dicha perdida".

"Hay una patria campesina universal —ha escrito Gabriela— que es la de los criados y construidos en el campo. La campesina provenzal que recoge las aceitunas, apaleando el olivo cerca de mi casa, es criatura más próxima a mi vida que el rentista santiaguino con el que me encuentro en un balneario y que no tiene conmigo ninguna visión común, ninguna memoria de paisaje compartible; los niños de las colinas de Sestri, en la Liguria, que viven como yo viví, trepando y bajando cerros y comen a la noche una cena de higos con pan, se entienden conmigo mejor que los niños "bien educados" que me llevan en La Habana o Panamá, como presentes de lujo..."

Ese apego fiel a lo campesino —"la campesinería que es mi dicha y mi costumbre", dirá en cierta ocasión— la hizo preferir siempre la residencia al margen de las ciudades donde le tocó habitar.

Cuando la nombraron ayudante en la escuela de La Compañía Baja, a un paso de La Serena, no quiso vivir en la ciudad. El villorrio ni siquiera tenía casas en arriendo. Lucila Godoy —sólo contaba quince años en ese tiempo— exploró el lugar de arriba abajo y acabó por encontrar un rancho de totora recién terminado. No vaciló en instalarse en él junto a su madre. Y allí hubiera continuado si don Eleuterio Fredes, viejo vecino de La Compañía, simpatizando con el gesto de la nueva maestra, no le hubiera ofrecido dos piezas habilitadas en el extremo de un depósito de su propiedad. Una de las habitaciones estaba en la planta baja. Se ascendía a la otra por una escalera exterior sumamente tosca. Desde el rellano se divisaba el mar, a unas pocas cuadras. La ventana, no muy grande, se abría sobre un enorme huerto de añosos olivos. Los famosos olivos de La Serena, hurtados al Perú según cuenta la tradición. Más allá de las copas de los árboles se veía La Serena, la entrada del valle de Elqui y el Cerro Grande como fondo. Hacia la derecha los ojos descubrían Coquimbo y el Pan de Azúcar. Las paredes exteriores de la "casa" estaban pintadas de azul.

En Los Andes, siendo profesora del Liceo de Niñas, vivía en las afueras, en un lugar llamado Coquimbito. Al triunfar en los juegos florales de 1914 numerosos periodistas acudieron para entrevistarla. Se les presentó como la más acogedora e ingenua de las campesinas. Los hizo pasar al huerto y los recibió junto a sus plantas. La arboleda avanzaba hasta el mismo río Aconcagua. Un portoncito permitía llegar junto a las aguas correntosas. Hizo que sus visitantes admiraran su álamo predilecto, un soberbio ejemplar que dominaba toda la finca desde su altura. Era evidente que se complacía en medio de ese paisaje cordillera-no, al que llamaba "paisaje hebreo de mis preferencias". Se encariñó profundamente con ese valle, ese río que bajaba sus aguas heladas de las cumbres gigantes, ese sol traspa-

sador que endulzaba los racimos, esa tierra verde. Llega a identificarse con esa naturaleza:

*Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el agua niña:
¡Todo el azul, todo el candor!*

Al regresar por un tiempo a La Serena, en 1925, una de sus primeras medidas fue adquirir una quinta llena de papayos sobre la Alameda Francisco de Aguirre, a pocas cuadras del mar. Ella misma se ocupaba del jardín y el huerto en sus raros momentos de ocio. Esa fue más tarde la morada de Emelina y allí vivió hasta su muerte.

Cuando a Gabriela le tocó residir en Francia con motivo de su cargo en una de las secretarías americanas de la Liga de las Naciones, en 1926, no tardó en escapar del fragor parisiense y buscar refugio entre los olivares de Provenza. Encontró una casona campestre, la *Villa Saint-Louis*, en Bedarrides, pueblo situado no lejos del Ródano, a doce kilómetros de Avignon. Andrés Iduarte recuerda que el enorme jardín tenía “el encanto supremo de no estar cultivado con excesivo esmero, lleno de herbazales en donde tenderse”. Ese paisaje provenzal dejó huellas en su poesía:

*Aldea mía sobre el Ródano,
rendida en río y en cigarras...*

Siempre se sintió más a gusto en la campiña italiana que en Roma o Florencia. Las ciudades no la impresionaban mayormente. “Las capitales —dice por ahí— sólo se aman cuando son muy hermosas y no son tales sino cuando las domina y gobierna un estilo arquitectónico”.

Gabriela iba descubriendo en los países que cruzaba —y fueron muchos— el rasgo característico que la naturaleza les ha dado. Y siempre lo traduce en esos giros suyos tan ricos en expresividad. A la cordillera de los Andes la ve

*Extendida como una amante
y en los soles reverberada,*

*punzas al indio y al venado
con el gengibre y con la salvia...*

Y se dirige al sol del trópico en estos términos:

*¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jicara de Uruápan,
como la quena de mil años,
a tí me vuelvo, a tí me entrego,
en tí me abro, en tí me baño!*

Considera que la ceiba es el emblema del Ecuador:

*¡En el mundo está la luz,
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la América!*

Así como el maíz es el emblema de México:

*El Anáhuac ensanchan
maizales que crecen.
La tierra por divina
parece que la vuelen.
En la luz sólo existen
eternidades verdes,
remadas de esplendores
que bajan y que ascienden.*

.....
*Maizal hasta donde
lo postrero emblanquece,
y México se acaba
donde el maíz se muere.*

En la *Ronda cubana* nos da el paisaje en cuatro pinceladas:

*Entre cafés y algodones,
y entre los cañaverales,*

*avanza abriéndose paso
la ronda de palmas reales...*

Y en su *Recado para las Antillas*:

*Anda el café como un alma vehemente;
en venas anda de valle o montaña
y punza el sueño de niños oscuros;
hierva en el pan y sosiega en el agua,*

Cuando habla de Puerto Rico ya no se limita a calificarla de "isla de palmas" o de "isla en cañas y cafés apasionada". La llama

*¡Cordelia de las olas,
Cordelia amarga!*

y clama por su salvación —el poema lleva la fecha del día de la liberación de Filipinas—, salvación que desea lo más pronto posible,

*Antes que en mí se acaben
marcha y mirada;
antes que carne mía
ya sea fábula;
antes que mis rodillas
vuelen en ráfagas...*

Al volcán Osorno lo llama "David que te hondeas a ti mismo, mayoral en llanada verde, lumbre que al indio cegaba, pregón de piedra, salto que ya va a saltar y que se queda cautivo". El salto del Laja es un "viejo tumulto, hervor de las flechas indias, mundo cayendo sin derrota, despeño de belfos vivos..."

Cuando Gabriela visita la Argentina, en 1938, ignora a Buenos Aires. En cambio tiene palabras inolvidables para nuestra costa atlántica:

*Victoria, la costa a que me trajiste,
tiene dulces los pastos y salobre el viento,*

*el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico.*

Doce años antes le había declarado a Adelia Di Carlo que todo su corazón rural se había conmovido con la lectura del *Martín Fierro*.

Para ella nuestra tierra es la patria del pan:

*Los brazos segadores
se vienen y se van.
La tierra de Argentina
tiembla de pan.*

*A pan segado huele
el pecho del jayán,
a pan su padremuestro,
su sangre a pan.*

En el poema *La Cuenta-Mundo*, la escritora retoma los dichos de su madre. Es la voz de Petronila Alcayaga la que se oye a través de su poesía, contándole a su niña el mundo campesino que la rodea, describiéndole las cosas, penetrándolas, amándolas:

*Niño pequeño, aparecido,
que no viniste y que llegaste,
te contaré lo que tenemos
y tomarás de nuestra parte.*

Y la madre comienza la enumeración de todo lo que los circunda, como para "domiciliar" al hijo en ese universo donde les ha tocado vivir. Lo primero es el aire

*que sin boca que tú le veas
te toma y besa, padre amante.*

Sigue la luz

*que para verte, hijo, me vale.
Si no estuviese, todas las cosas
que te aman no te mirasen;*

*en la noche te buscarían,
todas gimiendo y sin hallarte.*

Luego vienen el arco iris, las alondras, las mariposas, la
montaña que:

*Apuñada y negra la vemos,
como mujer enfurruñada...*

el agua:

*¡Beben del Agua dos orillas,
bebe la Sed de sorbos grandes,
beben ganados y yuntadas,
y no se acaba, el Agua Amante!*

los animales, la fruta, el pinar, el fuego

*...que mataría
y sólo sabe solazarte.*

*Salta en aves rojas y azules;
puede irse y quiere quedarse.*

En donde estabas, lo tenías.

*Está en mi pecho sin quemarte,
y está en el canto que te canto.*

Habla de la casa con su mesa tendda

en blancura quieta de nata...

con la sal, el aceite

*y al centro el Pan que casi habla.
Oro más lindo que oro del Pan
no está ni en fruta ni en retama,
y da su olor de espiga y horno
una dicha que nunca sacía.*

Las estrofas dedicadas a la tierra por la *Cuenta-Mundo*
alcanzan un tono emotivo rara vez igualado en lírica
alguna:

*Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la tierra:*

*Se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oyen mugir los animales;
se oye el bacha comer la selva.*

.....
*Todo lo carga, todo lo toma
y no hay tesoro que lo pierda,
y lleva a cuestras lo que duerme,
lo que camina y que navega,
y lleva a vivos y lleva a muertos
el tambor indio de la Tierra.
Cuando muera, no llores, hijo,
pecho a pecho ponte con ella;
te sujetas pulso y aliento
como que todo o nada fueras,
y la madre que viste rota
la sentirás volver entera,
y oirás, hijo, día y noche,
caminar viva tu madre muerta.*

Los azares de la carrera consular a que Chile la destinó después de su gloriosa trayectoria literaria convirtieron a Gabriela Mistral en perpetua viajera. Recorrió casi toda Europa y no hubo país americano que ella no pisara. Los conocía a todos, sabía descubrirles el costado más significativo.

Esta elquina, que nunca supo olvidar el sabor de los higos de su tierra ni el murmullo de las aguas de su río, fue el emblema cabal de América, de toda América, tanto la del Pacífico como la del Atlántico, tanto la que está al norte del canal como la que se halla al sur, tanto la que habla español como la que habla portugués, tanto la Amé-

rica hispana como la América india.

Es un poco difícil afirmar categóricamente la ascendencia india de Gabriela Mistral. Por el lado Alcayaga no la tenía. Por el Godoy, tal vez. Por lo demás, ella misma afirmaba perentoriamente: "Soy india por mi padre". Subyugada por los volcanes del sur de Chile, afirma: "Tengo adentro una india que los tema y los adora a la vez".

Lo cierto es que su identificación con el indio tuvo lugar en México, a pesar de su anterior estada en Temuco, ciudad situada en el corazón de la Araucanía. Gabriela nos cuenta el descubrimiento de "su raza" en una bellísima estrofa de su poema *Beber*:

*En el campo de Mitla, un día
de cigarras, de sol, de marcha,
me doblé a un pozo y vino un indio
a sostenerme sobre el agua,
y mi cabeza, como un fruto,
estaba dentro de sus palmas.
Bebía yo lo que bebía,
que era su cara con mi cara,
y en un relámpago yo supe
carne de Mitla ser mi casta.*

Haya tenido o no sangre india —el hecho es secundario—, Gabriela Mistral ha puesto de relieve, claramente, una cosa: el indio, aunque no lo llevemos debajo de la piel, integra la realidad americana, es un elemento cultural nuestro, cuya presencia no podemos ignorar. Forma parte de nuestra América.

Por eso bien pudo Fernán Silva Valdés dedicarle el romance donde dice:

*India de los ojos verdes,
nieta de Caupolicán;
carne de tierra chilena
toda americanidad...*

El tema del indio aparece con frecuencia en sus escritos, en verso o en prosa. En el recuerdo del maíz, por ejemplo, la planta indígena por excelencia, añorada por ella en tierras europeas:

*El maíz del Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.*

.....
*Hace años el maíz
no me canta en las sienes,
ni corre por mis ojos
su crinada serpiente.
Me falta los maíces
y me sobran las mieces.*

En la simbólica poesía Niño mexicano:

*Estoy en donde no estoy,
en el Anáhuac plateado,
y en su luz como no hay otra
peino un niño de mis manos.*

.....
*Yo juego con sus cabellos
y los abro y los repaso,
y en sus cabellos retengo
a los mayas dispersados.*

Su himno Sol del trópico comienza diciendo:

*Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano,
sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y del que quechuas y aimaráes
como el ámbar fueron quemados...*

Lo dice a la cordillera de los Andes:

*Viboreas de las señales
del camino del Inca Huayna,
veteada de ingenierías
y tropeles de alpaca y llama,
de la hebra del indio atónito
y del ¡ay! de la quena mágica.*

Nuestra escritora recibió el premio Nobel en 1945. Era la primera vez que la Academia Sueca ponía sus ojos en un autor iberoamericano y escogió para esa máxima distinción mundial a la maestra autodidacta, a la campesina del valle de Elqui.

Gabriela Mistral era, sin disputa alguna, la más genuina representante del sentir y el pensar americanos. Era como el símbolo viviente de nuestra América. Todos los que la han aproximado lo han reconocido así. Max Daireaux dice que "representa la fuerza espiritual más grande de América Latina". Jorge Mañach la considera "uno de los clásicos vivos de América". Guillermo de Torre la juzga "hispanoamericana cabal". Jaime Torres Bodet la llama "una voz heroica, encendida y cabal de América". Gonzalo Zaldumbide asegura que "suya es toda la América y la sabe de corazón más que de memoria". Victoria Ocampo la encuentra en Europa y le parece afirmarse otra vez en suelo americano.

Su voluntario destierro solía pesarle. La obligó a vivir lejos de todo lo que había sido su mundo. Sentía la punzante nostalgia de la tierra americana, de su valle de Elqui, de sus niños del Anáhuac, de su maíz indígena, de sus cactus, de sus higueras, de sus cerros. En medio de los olivares de Provenza recibió la noticia de la muerte de Petita. La de Emelina le llegó a la vera de los frutales californianos.

En sus últimos años, trabajó intensamente en un *Canto*

a Chile, aún sin publicar. En esas estrofas volcó sus añoranzas infinitas:

*Mi infancia, aquí, mana leche,
de cada rama que quiebra.
Tengo que llegar al valle
trocando mirada y gesto.
De Peralillo a La Unión,
vario, único y entero.
En Liguria y en Provenza,
buertos que no tengo, sueño.*

Nunca perdió la esperanza de radicarse alguna vez, definitivamente, en una finca rural. En vísperas de salir para Petrópolis, concibió el ambicioso proyecto de comprar tierras en el Brasil e instalar un verdadero establecimiento de campo. Los poetas suelen elaborar planes ajenos a su mundo y que nunca llegan a concretarse. Más tarde anduvo en trámites para adquirir una propiedad en el valle de Lluta, al norte de Chile, en las proximidades de Arica. Por último, México, uno de los países que más la ha amado y comprendido, le regaló unas hectáreas situadas en Jalapa. Durante un tiempo, habló de establecerse en ellas. Sin embargo, nunca logró realizar ese sueño de volver a la *campesinería*.

Por una cruel ironía del destino a esta campesina del valle de Elqui le tocó morir en Nueva York, el 10 de enero de 1957. En un momento de profundo amargura llegó a vaticinar su muerte solitaria en la más extranjera de las ciudades:

*Y va a morir en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera.*

En la cláusula novena de su testamento Gabriela Mis-

tral dispuso: "Es mi voluntad que mi cuerpo sea enterrado en mi amado Montegrande, Valle de Elqui, Chile".

Allí descansa desde el 23 de marzo de 1960. Su tumba fue erigida sobre una colina, dominando las casas de la aldea. Una gran piedra tallada con una hoja de laurel lleva inscriptas estas palabras de Gabriela:

Lo que el alma hace por su cuerpo, es lo que el artista hace por su pueblo.

La campesina del valle de Elqui ha regresado al huerto de su infancia:

*Pero tal vez su follaje
ya va arrojando mi sueño
y estoy, de muerta, cantando
debajo de él, sin saberlo.*

LA FAMILIA DE GABRIELA MISTRAL

Jerónimo Godoy Villanueva era natural de San Félix, en el interior del valle de Huasco, provincia de Atacama, a unos cien kilómetros de la costa. Pertenecía a una familia de modestos recursos, sumamente religiosa. El anhelo de su madre, Isabel Villanueva, era verlo ordenado sacerdote. Con ese propósito lo hizo ingresar al Seminario de La Serena. Allí estudió durante varios años y alcanzó a recibir órdenes menores. Las dos hermanas de Godoy profesaron como religiosas. Mercedes entró al Buen Pastor. Zoila trabajó primero como maestra en Diaguitas, aldea situada a ocho kilómetros arriba de Vicuña, en el valle de Elqui. Ahorró su dote sobre su escaso sueldo y así pudo cumplir su deseo de convertirse en hermana de caridad.

Godoy era alto y moreno. A su real talento artístico, unía brillantes dotes intelectuales. Sus estudios en el Seminario le habían proporcionado una sólida instrucción humanística. Sus conocimientos literarios eran amplios, poseía rudimentos de francés y solía dibujar con singular destreza. Lo apasionaba el folklore musical nortino y, de vez en cuando, componía versos. Nunca llegó a publicarlos. Carlos Soto Ayala, autor de una *Literatura coquimbana*, cita su

nombre y dice de él que “era un artista modesto, sin ambiciones literarias y dotado de inspiración”. Añade que en sus composiciones “se revela alma grande, enferma y triste”.

Petronila Alcayaga Rojas había nacido en Vicuña en 1845. Era hija de Francisco Alcayaga y de Lucía Rojas Miranda. La familia era oriunda de Peralillo, un lugarejo soleado al pie del Cerro Grande, frente a Vicuña, río de por medio, famoso por su fruta de mesa, sus tomates y sus ajíes. Por la familia de su padre Petita descendía de los primeros pobladores del valle de Elqui, pero de una rama muy venida a menos y en una situación lindante con la pobreza. Cuenta la tradición lugareña que los Alcayaga fueron dueños de todo el valle, desde Peralillo hasta la cordillera, debido a una merced concedida por el propio rey de España hacia el año 1700.

Francisco Alcayaga desempeñaba un modesto empleo en la aduana de Peralillo. Tenía una hermana gemela, Mercedes, y un hermano llamado José Ramón cuya hija, Florinda, vivía aún en Vicuña hace unos quince años. Don Francisco era hombre de tez morena y por esa razón lo llamaban *el Negro*. La hija, en cambio, era menuda de cuerpo, rubia, de ojos verdes. Tenía facciones delicadas, labios fines y hermosa frente. Su tez era fresca, característica de los Alcayaga. Llevaba el pelo simplemente recogido sobre la nuca. Poseía una hermosa voz y un fino sentido musical. Contaban los viejos de Vicuña que mucha gente de La Serena viajaba expresamente para oírla cantar en la iglesia con motivo de alguna festividad religiosa.

Después de la muerte de su padre, Petita se fue a vivir a La Unión —hoy Pisco de Elqui—, en el interior del valle, en compañía de su madre y de su hija, Emelina Molina, entonces de unos once años. La señora se ganaba la vida con trabajos de costura. Al morir Lucía Rojas Miranda, en

1885, Petita regresó a Vicuña por un tiempo. En esa fecha se produjo su primer encuentro con Godoy.

Aunque, en realidad, no hubo encuentro alguno. Godoy, todavía alumno del Seminario de La Serena, viajó a Vicuña a fines de noviembre de 1885. Diariamente concurría a la celebración del mes de María. Espíritu sensible y amante de la música, su oído afinado pronto logró destacar del conjunto coral una voz que sobresalía por la dulzura de su tono. Se prendó de esa voz, pero nunca llegó a divisar siquiera a su poseedora.

Comenzaba el año 1887 cuando Petita tomó la decisión de volver a sus trabajos de costura en La Unión.

Por esa misma fecha, no sintiéndose señalado para la carrera eclesiástica, Godoy abandonó el Seminario y solicitó un puesto en la enseñanza. Estaba vacante, precisamente, la escuela de La Unión y para allá lo mandaron con su nombramiento.

El pueblo está situado en los confines cordilleranos del valle de Elqui, a orillas del río Alcohuás o Derecho, entre viñedos y duraznales, rodeado de fundos pisqueros.

Era imposible no encontrarse en esa calle única del caserío. Godoy reconoció la voz que lo había seducido y se enamoró de su dueña. No tardó en pedirle que se casara con él.

Petita tuvo sus vacilaciones. Esa unión era muy desigual: ella contaba cuarenta y dos años y Godoy sólo veintiocho. Pero la serena belleza de la mujer, sólo superada por su inmensa bondad, habían cautivado de modo tan intenso el corazón juvenil del enamorado que éste persistió en sus ruegos hasta lograr éxito en su demanda. Se casaron en ese mismo año 1887. El matrimonio civil se efectuó en Paihuano y el religioso, en Vicuña.

La nueva pareja se estableció en La Unión, modestamente, de acuerdo con los pocos recursos de que disponían.

Las muchas cualidades de Godoy nunca le reportaron mayores beneficios económicos y el magro sueldo de maestro que percibía era toda su fortuna.

El primer período de la vida matrimonial transcurrió plácidamente entre los soleados viñedos elquinos. No había reunión social entre los hacendosos moradores del lugar en que no fuera solicitada la presencia de Petita y Godoy, pues la guitarra y el canto eran altamente cotizados en aquella sociedad sencilla y patriarcal. Godoy solía improvisar versos de cueca prontamente entonados por su mujer.

Llegó el año 1888. El río, engrosado por lluvias extraordinarias, inusitadas en esa región seca, hizo estragos en el valle de Elqui. Los pobladores vivían encorvados hacia la tierra, tratando de reparar los daños causados por la avenida. Esa gente elquina vive sin alardes una vida estoica. Penosamente hace que sus cultivos trepen por las laderas del cerro y cuando algún cataclismo se los desmorona vuelve a empezar la ascensión con la tesonera firmeza que sólo tiene el habitante de la montaña.

Mediaba el año cuando Petita le anunció a su marido que esperaba un hijo. Este pareció despertar de un letargo que hubiera adormecido sus sentimientos y dio muestras de una alegría cargada de esperanzas. Al revés de casi todos los padres en cierne, no ambicionaba un hijo varón. ¡Quería una niña!

La felicidad conyugal había sufrido serios quebrantos en los últimos tiempos. Godoy era demasiado bohemio para que pudiera resultar un buen marido. La vida en común se había tornado difícil y sólo el carácter noble y resignado de Petita había logrado evitar el naufragio. La próxima llegada del hijo proporcionó una calmosa tregua en las relaciones hogareñas.

Desgraciadamente el desempeño de Godoy en sus tareas docentes había motivado serias quejas. Mientras

estudiaban los cargos que se le hacían, las autoridades del departamento lo suspendieron en sus funciones. Petita veía avanzar su gravidez a medida que disminuían los recursos. En esas circunstancias la familia optó por trasladarse a Vicuña donde la señora conservaba una modesta casa heredada de su madre.

Godoy seguía pensando con ternura en la niña que debía nacer. Su imaginación poética ya había bosquejado el aspecto físico que tendría: pelo claro, ojos azules y cutis tostado. No disponía de un solo centavo para engalanar las humildes habitaciones y tuvo que resignarse a la desnudez conventual de las paredes, a la pobreza franciscana del mobiliario. Entonces dedicó todos sus afanes al jardín y al huerto. Los limpió, los remozó, hizo de ellos el marco adecuado para los primeros juegos de la criatura. Sus primeros juguetes iban a ser flores y mariposas. Quería que las bellezas naturales rodearan a la niñita desde la cuna. Con sus propias manos, poco adecuadas para los trabajos de albañilería, construyó un pequeño estanque para que la chiquilla se bañara. Lo circundó de madre selvas.

El dinero escaseaba día a día, las penurias aumentaban y la situación se hacía casi insostenible. Petita, cada vez más pesada, suspiraba con angustia ante la tremenda incertidumbre de las horas que se aproximaban. La Virgen del Perpetuo Socorro tenía siempre una vela encendida.

El 6 de abril de 1889 el gobernador de Elqui, don Ramón Herrera, mandó llamar a Godoy para comunicarle que las quejas en contra de su actuación habían sido desestimadas y anunciarle que lo reponían en el cargo y podía cobrar inmediatamente los meses corridos desde la suspensión.

Esa noche Petita sintió los primeros dolores del parto y en la madrugada del día 7 dio a luz una niñita a la que pusieron el nombre de Lucila de María del Perpetuo Socorro.

ro. Petita tenía entonces cuarenta y cuatro años. Emelina ya había cumplido los quince.

Fueron padrinos de bautismo de Lucila una jovencita de dieciocho años, Rosario Alvarez, y Mateo Torres Ossandón, emparentado con Petita.

Jerónimo Godoy vivió momentos de intensa exaltación al ver cumplidos todos sus anhelos. Se quedaba en éxtasis largas horas contemplando apasionadamente a su hijita.

A los pocos días, empero, se vio obligado a retornar a La Unión para continuar en su cargo de maestro. Se había resuelto, de común acuerdo, que la familia permaneciera por el momento en la casita vicuñaense. No se descartaba la posibilidad de un traslado.

Petita y Emelina organizaron su vida de trabajo. Los recursos eran muy limitados. Los dineros enviados por Godoy no podían ser más escasos. Pero madre e hija eran buenas dueñas de casa y los pocos haberes se multiplicaban en sus manos. Además, ambas eran ducas en esas pequeñas industrias caseras que contribuyen a sostener el hogar.

Petita tenía muy buena mano para las labores finas. Todavía se conservan en la vieja iglesia de San Isidro, celosamente custodiadas, unas albas primorosamente bordadas por ella. Emelina recogía sus enseñanzas y trataba de imitar la habilidad de la madre.

Sólo una vez viajó Petita al interior del valle para reunirse con su marido. Este, desde hacía tiempo, venía reclamando con insistencia a su mujer y su hijita. La indecisión se albergaba en el alma de la señora. Los sinsabores sufridos habían sido muchos y no se resolvía a afrontar de nuevo las borrascosas escenas provocadas por Godoy con su vida desordenada. Resolvió, al final, acceder al pedido, pero sin encarar, de ningún modo, la perspectiva de un traslado definitivo. No quería abandonar la estabilidad de

que gozaba en Vicuña por un hogar incierto. Emelina quedó en casa de su prima, Rosario Torres, y ella dispuso su marcha con la pequeña Lucila.

El viaje ofrecía sus dificultades a pesar de que la distancia no era enorme. Se carecía de medios de transporte. Antes, era posible llegar en tren hasta Rivadavia. La terrible avenida del año anterior no había dejado rastros de vía férrea y el único remedio era viajar a caballo.

Petita aprovechó la salida del encargado de la correspondencia del interior, don Juan Céspedes. Siguieron la orilla derecha del Elqui, pasando por Hierro Viejo, San Isidro, El Arenal y Diaguítas. Al llegar frente a Algarrobal fue necesario vadear el río para tomar la orilla izquierda. Aquí se sitúa un episodio que pudo tener muy serias consecuencias.

Don Juan Céspedes se adelantó llevando a la niña en brazos, entró en el río y avanzó hacia la otra orilla. Su acompañante lo siguió. Las aguas no eran profundas, pero la corriente era muy fuerte. Las patas de los caballos debían luchar para afirmarse entre los guijarros del fondo. Petita olvidó las recomendaciones de mirar siempre al frente, hacia el cielo y los cerros, y fijó sus ojos recelosos en esas aguas que corrían velozmente. El vértigo se apoderó de ella, sintió que se caía y llamó, pidiendo socorro. Al oír las voces, Céspedes se detuvo sobrecogido y vivió, impotente, unos segundos de mortal angustia: tenía los brazos trabados por la criatura. Felizmente, la providencia se hizo presente en la persona de don Luciano Pinto, antiguo vecino del interior. Alcanzó a llegar a tiempo para sostener a Petita sobre la montura y encaminar el caballo hacia tierra firme. El viaje continuó sin dificultades.

La estada en La Unión se hizo llevadera. Pero no se prolongó demasiado. Petita manejó con habilidad la situación y al poco tiempo regresaba a Vicuña, a reanudar la

vida hogareña junto a sus hijas.

Mientras Jerónimo Godoy trabajó en la escuela de La Unión la familia, a pesar de todo, se mantuvo más o menos unida. Todos los meses el marido remitía algunos fondos y de vez en cuando él mismo llegaba de visita a solazarse con los suyos.

En sus buenos momentos Godoy era un hombre de trato sumamente agradable. Su amabilidad, su galanura, su sentido artístico, le granjeaban todas las simpatías. Su conversación era amena, escribía poesías de circunstancias que encantaban al círculo de sus oyentes y arrancaba sonidos armoniosos a su guitarra.

En 1891 lo trasladaron a Panulcillo, cerca de Ovalle. Era un pueblo en decadencia. En otro tiempo había sido un famoso mineral de cobre cuyas ruinas evocadoras de una antigua grandeza pueden verse aún desde el tren, entre las estaciones de Recoleta e Higueritas.

Godoy se fue solo. Ni él pidió que lo acompañaran ni Petita habló de moverse de Vicuña. Sus cartas se hicieron muy espaciadas y más espaciados aún los envíos de dinero. En raras oportunidades llegó de visita. Petita ya había aceptado el fracaso de su matrimonio y comprendió entonces que sus recursos se harían cada vez más problemáticos.

Era urgente hallarle solución al desamparo económico. Ante la escasez de maestros rurales las autoridades escolares no exigían título a los postulantes. Emelina obtuvo un nombramiento de ayudante en la escuela de Paihuano y se convirtió en sostén de la familia.

Su eficiente desempeño en la enseñanza y el apoyo de algunas personas influyentes hicieron que, en 1892, Emelina fuera llevada a la dirección de la escuela de Montegrande. En esa aldea elquina, situada poco antes de llegar a La Unión, la familia residirá hasta comienzos de siglo. Por esa época Emelina fue trasladada a Diaguitas y Lucila

ingresó en la Escuela Superior de Niñas de Vicuña.

Entonces fue cuando Jerónimo Godoy hizo su última aparición. A pesar de todo su lirismo el hombre nunca pudo resultar buen padre ni buen marido, a tal extremo que llegó a desentenderse por completo de la obligación de proveer al sostenimiento de los suyos. Después de esa breve visita el abandono se hizo definitivo y la familia dejó de recibir noticias suyas. Mucho tiempo después se supo que había retornado al valle de Huasco. Nunca más volvió a Elqui. Murió en 1911 y no logró entrever siquiera el glorioso destino de su Lucila.

Cuando aún vivían en Montegrande llegaron a manos de la niña algunas poesías de su padre. Las leyó con avidez. Esos versos despertaron en Lucila una curiosidad llena de afecto por aquel bohemio andariego que había sabido rendir culto al arte, que había querido ponerla a ella misma bajo el signo de la belleza. Lentamente se fue incubando en su mente el proyecto de superar los anhelos paternos.

Las fugaces apariciones de Godoy habían hecho que la hija lo idealizara. Lamentablemente don Jerónimo llegó a Diaguitas, la última vez, en uno de sus días malos. Ese recuerdo ingrato prevaleció al perderse el padre definitivamente de la vida de los suyos. En *Desolación*, en el *Poema del hijo*, hay una estrofa amarga:

*Y el horror de que un día con la boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:*

*"¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?"*

En uno de los poemas de "Tala" hay una breve referencia:

*Un dorso, un dorso grave y dulce,
remata el sueño que yo sueño.*

*Es al final de mi camino
y me descanso cuando llego.
Es tronco muerto o es mi padre,
el vago dorso ceniciento.
Yo no pregunto, no lo turbo.
Me tiendo junto, callo y duermo.*

Pero Jerónimo Godoy no se perdió definitivamente. Del modo más inesperado Lucila recibió noticias suyas cuando ya habían pasado muchísimos años desde su desaparición y ella ya se había convertido en Gabriela Mistral.

Residía entonces en Fontainebleau —era por los años 1927 ó 1928— y ella desempeñaba un cargo oficial en la Liga de las Naciones. Un día recibió la visita de un chileno que venía a consultarla sobre sus documentos. Se apellidaba Godoy y era del valle de Huasco.

—Es posible que seamos parientes— comentó Gabriela sonriendo mientras examinaba la cédula. Los datos indicaban que ese hombre era hijo de Jerónimo Godoy Villanueva, nacido en un nuevo hogar formado por su padre al regresar a su valle natal.

Se trataba de un bohemio andariego como don Jerónimo. Había recorrido medio mundo a la buena de Dios. En ese momento lo preocupaba un serio problema. La mujer, una señora catalana, estaba muy grave, desahuciada, y él no sabía cómo resolver la situación del hijo, un niño de pocos años.

Sin pensarlo dos veces Gabriela Mistral abrió los brazos para recibir a ese sobrino que le caía del cielo. El niño se llamaba Juan Miguel Godoy, *Yin Yin*. Desde entonces acompañó a la escritora en casi todas sus peregrinaciones. Vivió con ella en Francia, en España, en Italia, en el Brasil. Andrés Iduarte lo conoció en 1929, en Bédarrides, y lo encontró inteligente y vivísimo. Pedro Prado, en el prólogo.

de la edición chilena de *Desolación*, al dirigirse al pueblo de México, había escrito: "... Ojos mortales nunca vieron a su hijo, pero todos hemos oído las canciones con que le arrulla". *Yin Yin* hizo las veces de ese hijo cantado en las canciones de cuna. Los poemas de la parte titulada *Albricia*, en "Tala", fueron escritos en su intención.

Juan Miguel Godoy le ocasionó a Gabriela Mistral el dolor más amargo de su vida: se suicidó en Petrópolis, en agosto de 1943.

Fue algo mucho más terrible que la muerte de Romeo Ureta, ocurrida cuando ella era joven y tenía toda su vida por hacer. El año anterior, en esa misma ciudad de Petrópolis, había vivido horas de intensa angustia con el suicidio de Stefan Zweig. La trágica muerte de ese sobrino adolescente, sobre el que había volcado su poderoso sentimiento maternal, sumió a la gran escritora en la más profunda desesperación. Victoria Ocampo la encontró en Washington cuando Gabriela regresaba de Estocolmo después de recibir el premio Nobel y recogió de sus labios el relato de la muerte de *Yin Yin*, "el ser que más quería", acota Victoria. Y añade:

"Habló, habló hasta la madrugada. Cuando salió de mi hotel, me puse a revisar los placards, a mirar debajo de la cama, dominada por una aprensión irracional. Me había quedado sola, pero sentía que no estaba sola y me daba miedo."

Para los grandes espíritus el dolor siempre es fecundo y éste hizo que brotaran algunas de sus poesías más hondas. Al leerlas es inevitable recordar aquellos "versos de noviembre" escritos en memoria del hombre amado. Las situaciones se asemejan. Pero los años transcurridos pueden medirse en la riqueza del vocabulario y en la profundidad del sentimiento que avasalla todo el poema.

Nos muestra su agobio en la poesía titulada *Luto*:

*En sólo una noche brotó de mi pecho,
subió, creció el árbol de luto,
empujó los huesos, abrió las carnes,
su cogollo llegó a mi cabeza.*

.....

*Todavía los que llegan
me dicen mi nombre, me ven la cara;
pero yo que me ahogo me veo
árbol devorado y humoso,
cerrazón de noche, carbón consumado,
enebro denso, ciprés engañoso,
cierto a los ojos, huido en la mano.
En una pura noche se hizo mi luto
en el dédalo de mi cuerpo
y me cubrió este resuello
noche y humo que llaman luto
que me envuelve y que me ciega.*

.....

Se siente irremediabilmente abandonada:

*Ahora voy a aprenderme
el país de la acedia,
y a desaprender tu amor
que era la sola lengua mía,
como río que olvidase
lecho, corriente y orillas.
¿Por qué trajiste tesoros
si el olvido no acarrearías?*

*Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida;
¡tanto, Dios mío, que me sobra
mi vida desde el primer día!*

.....

Los días van transcurriendo sin apaciguar su dolor:

*Todavía, Miguel, me valen,
como al que fue saqueado,
el voleo de tus voces,
la saeta de tus pasos
y unos cabellos quedados,
por lo que reste de tiempo
y albee de eternidades.*

*Todavía siento extrañeza
de no apartar tus naranjas
ni comer tu pan sobrado
y de abrir y de cerrar
por mano mía tu casa.*

.....
La acosan los recuerdos implacables:

*Cuando me volví memoria
y bajé a tiniebla y vaho,
arañando entre madréporas
y pulpos envenenados,
volví sin él, pero traje,
desde el Hades, como dádiva,
la anémona que es de fuego
de la verdad al costado.*

Dos años después de ese trágico desgarramiento le fue otorgado a Gabriela Mistral el premio Nobel de literatura:

*Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida.*

Petronila Alcayaga había aceptado resignadamente el fracaso de su matrimonio con Godoy y siguió acompañando con ánimo sereno la suerte de las hijas. En Paihuano y Montegrande estaban a su cargo todas las faenas caseras, desde encender el fuego y guisar la comida hasta acarrear el agua de la acequia para todos los menesteres. Los ratos

sustraídos a las tareas domésticas eran dedicados a la costura. La ropa que usaban era obra de sus manos.

Cuando Emelina se casó con José de la Cruz Barraza, en 1901, Petita y Lucila se trasladaron a La Serena con la esperanza de que la niña pudiera seguir estudios en la escuela normal. La precaria situación económica las obligó a buscar refugio en el seno de la familia Barraza, primero en Coquimbo, después en El Molle.

Petita siguió a Lucila cuando ésta fue designada ayudante en la escuela de La Compañía Baja. Sus manos hacendosas velaban por la tranquilidad de la hija y protegían sus horas de trabajo. Jamás la turbaba cuando la veía escribiendo o leyendo. Nunca puso reparos a los muchos proyectos de estudio elaborados por la joven maestra. Respetaba sus decisiones y aceptaba gustosa una separación cuando comprendía que era para el bien de "su" Lucila. No la acompañó a Santiago ni a Traiguén ni a Antofagasta, pero vivió un tiempo a su lado en Los Andes. Cuando Gabriela se marchó ascendida a Punta Arenas, Petita regresó a vivir junto a Emelina, ya viuda, en La Serena.

La educación de Petita había sido de las más elementales: apenas si llegaba a las primeras letras. Pero suplía ampliamente esa falta de conocimientos librescos con su inteligencia fresca, su espíritu comprensivo, su sentido poético de todo lo que la rodeaba, su amor por la naturaleza. No conoció las ambiciones personales y, a pesar de las penurias sufridas, no se sintió frustrada por la vida. Su único deseo vehemente fue lograr el éxito de esa hija cuyas dotes adivinaba sin llegar a comprenderlas del todo.

Conservo como reliquia una carta dirigida por Petita a mi madre desde La Serena, en 1925 —mi madre estaba entonces en Vicuña—, donde le dice, con pintoresca ortografía: "Yo le pido que me haga el gran favor de acordarse de mí y traerme de esos mundos unas ramitas de te de

burro para remedio pues aquí no hay en las boticas y venden uno que no es te de burro”.

Petronila Alcayaga de Godoy murió en La Serena el 7 de julio de 1929. La dolorosa noticia sorprendió a Gabriela Mistral en tierra extranjera. Residía entonces en el sur de Francia, en Bédarrides. César Arroyo y Jorge Carrera Andrade le llevaron la triste noticia el día 9 de julio. Andrés Iduarte, que pasaba entonces una temporada en la *Villa Saint-Louis*, recuerda la emoción de la escritora, sus lágrimas y su abatimiento. Habla del “torbellino que originó en la casa la muerte de la mamá de Gabriela”. Después vino la calma. Gabriela fue a Avignon a comprar ropas de luto. Y empezó a llenar carillas con el recuerdo de su madre.

Pocos escritores han escrito cosas tan hermosas sobre su madre:

“...Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda en mi corazón... Yo jugaba con tus cabellos como con hilillos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo... Después, yo he sido una joven, y después una mujer. He caminado sola, sin el arrimo de tu cuerpo, y sé que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer, fea y triste, sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado. He hablado también sin necesitar de tu ayuda. Y yo hubiera querido que, como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras para que lo que iba diciendo fuese como una guirnalda de las dos... Ya te lo dije: llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas.”

En uno de sus recados escribe:

“Sí, mi amigo, se me fue mi linda viejecita, que a esta

distancia vertiginosa, y aún cuando apenas tenía ya luces de conocimiento, así y todo, era para mí una razón verdadera de vivir y una confortación profunda y hasta misteriosa. Ella era una especie de subsuelo mío, de donde me venía fuerza y no sé qué nobleza de tener madre, que en las gentes se conoce en cosas imperceptibles, pero ciertas. Me siento como las plantas de agua cuando se les corta el pobre penáculo y van y vienen; y me siento desposeída de esta dignidad que da un arrimo de este tamaño, especie de vagabunda que no tiene más que el aire y la luz en este pobre mundo... Era una criatura donosa, llena de simpatía, de españolidad y de gracia. Su cristianismo era de los felices, de los sin sangre, y una fiesta su manera de creer...

Ocho poemas de "Tala" fueron reunidos bajo el título *La muerte de mi madre*. Uno de los más emotivos es la *Lápida filial*:

*Amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo ancho que calentó
con una hornaza que no se enfria;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía:
¡resucitada, resucitada!,
si existe la hora, si es cierto el día
para que Cristo os reconozca
y a otro país deis alegría...*

De su matrimonio con José de la Cruz Barraza, Emelina tuvo dos hijas: Marta Amelia, que murió casi recién nacida, y Graciela Amelia. Cuando nació esta última, una

ñatita de ojos azules y pelo enulado —el 7 de marzo de 1903— Lucila le rogó a su hermana que la llamara Gabriela. Hacía tiempo que el nombre le había caído en gracia y ya una vez, siendo niña chica, se lo había impuesto a una de sus muñecas. Emelina escuchó la proposición, reflexionó un rato y su experiencia de maestra con largo saños de contacto con el pueblo hizo que resolviera:

—No, mi hijita. Yo sé lo que va a ocurrir. En vez de Gabriela le van a decir *Grabiela*. Será mejor que le pongamos Graciela.

La joven tía tuvo que resignarse, pero no del todo.

Emelina había conocido a Barraza cuando ella ejercía la dirección de la escuela de Diaguítas. El caballero era oriundo de La Placilla, lugarejo situado del otro lado del río. No era joven. Tenía algunos haberes y era un hombre inmensamente bueno. Emelina había comprendido que le es difícil a una mujer pobre realizar ningún sueño de amor. Llegó a la conclusión de que valía la pena tener quien velara por ella y le ayudara a velar por los suyos. Se casó en mayo de 1901 y se retiró del magisterio para dedicarse a los menesteres hogareños.

Barraza inició, sin mayor éxito, algunas empresas en La Serena y en Coquimbo. Al final adquirió una propiedad rural en El Molle. Fundaba grandes esperanzas en su explotación, pero era imprescindible atenderla personalmente y para allá se fue toda la familia, incluyendo a Petita y Lucila, en busca de mejor suerte.

El Molle está situado en el departamento de Elqui, a poca distancia de la quebrada de Marquesa, es decir casi lindando con tierras de La Serena. El pueblo se diferencia de los otros en que no está prendido a la ladera de los cerros, sino que se extiende sobre un espacio razonablemente llano, un ensanche del valle peligrosamente ceñido por el río. Los habitantes no ignoran lo expuestos que están

a las furias de una avenida, pero no se resignan a ceder esas tierras que han ido ganando con los años sobre el amplio lecho del Elqui. Las han cultivado con esmero de elquino agricultor. Numerosos sauces llorones bordean las acequias.

La suerte no acompañaba a Barraza. La vida se presentaba hosca y ceñuda con sus exigencias de lucha sin tregua.

Emelina se reintegró a la docencia en 1905, poco después del nombramiento de Lucila como ayudante en la escuela de La Compañía Baja. La destinaron a Arqueros. Ese mismo año quedó viuda. Los malos negocios emprendidos por su marido la dejaron en malísima situación económica. Pero ella estaba acostumbrada al trabajo y la pobreza.

En 1906 la trasladaron a Altovalsol. En 1912 obtuvo un nombramiento en el liceo de niñas de Los Andes y para allá se fue Emelina con Petita y Graciela, a reunirse con Lucila. La residencia en la ciudad cordillerana se prolongó hasta después del triunfo de su hermana en los juegos florales de 1914.

El clima de Los Andes era inconveniente para Graciela, afectada desde pequeña por trastornos cardíacos. Emelina y Petita prefirieron regresar al suave temperamento de La Serena. Le confiaron la dirección de la escuela de niñas N° 9, que ahora lleva el nombre de Germán Riesco. Ejerció el cargo hasta 1926, año en que le concedieron la jubilación.

La salud precaria de Gaciela fue una de las grandes penas de Emelina. A pesar de los cuidados que se le prodigaron, la hija murió en plena juventud, en 1924. Gabriela Mistral dedicó a su memoria *La canción de las muchachas muertas*:

¿Y las pobres muchachas muertas,

*escamoteadas en abril,
las que asomáronse y hundiéronse
como en las olas el delfin?*

.....
*¿Borrándose como dibujos
que Dios no quiso reteñir
o anegadas poquito a poco
como en sus fuentes un jardín?*

.....
Después de su jubilación, Emelina se fue a vivir a la casa de calle Juan de Dios Pení N° 463. Allí murió Petita. Años después, se trasladó a la quinta, propiedad de Gabriela, sobre la Alameda Francisco de Aguirre, a pocas cuadras del mar. En esa residencia falleció el 27 de marzo de 1947.

Quizás en el valle de Huasco viva todavía algún descendiente de don Jerónimo Godoy Villanueva. En Elquí sólo quedan parientes lejanos por el lado Alcayaga. La familia cercana de Gabriela Mistral se ha extinguido.

LA HERMANA MAYOR

*Y en su Dios se ha dormido, como cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!*

GABRIELA MISTRAL (*La maestra rural*)

Mi madre, Isolina Madariaga, fue amiga de Emelina Molina en sus años juveniles. A través de sus recuerdos sus hijos aprendimos a quererla como si fuera una vieja amiga nuestra. Cuando nos encontramos con ella en tierras coquimbanas ya ocupaba un lugar preferente en nuestro corazón, al lado de todos los afectos profundos que se van formando desde la infancia.

Con ternura filial recuerdo su palabra cariñosa y la dulzura infinita que emanaba de todo su ser. Todo era bondad en ella, la mirada, los gestos, la voz. Todo en ella era acogedor, la sonrisa, la simpatía que despertaba, la exquisita sensibilidad que demostraba a cada instante.

Fue el prototipo de la maestra rural que sabe darse por entero a sus educandos. Paihuano, Montegrande, Diaguitas, Arqueros, Altovalsol, la vieron pasar vistiendo "sayas pardas" y derramando un "río de mieles" sobre las almas infantiles que se le acercaban. Ninguno de sus alumnos la pudo olvidar. Era de las que saben arrojar la semilla sobre la buena tierra.

Dos años antes de su muerte me tocó vivir a su lado durante algún tiempo. Entonces pude valorar bien a lo

hondo esas cualidades que la habían hecho acreedora al persistente cariño de todos los que la conocieron.

Su salud ya estaba entonces muy quebrantada y casi no se movía de su lecho. Junto a éste, y al alcance de su mano, estaba colocado un receptor de radio, regalo de "su Lucila", que entraba a funcionar desde muy temprano. Todo lo escuchaba, todo lo atendía. Sabía cuales eran las canciones en boga y estaba al tanto de cualquier noticioso que cruzara los aires. Su espíritu era de una agilidad extraordinaria. Manifestaba cierta predilección por algunas emisoras argentinas cuyos programas eran muy de su agrado. "Son mis regalonas", me decía sonriendo. Cuando el receptor tenía sus tropezones Emelina se apenaba sólo de pensar que tendría que separarse de él por un día o dos para que lo revisaran y repararan. "¡Este pícaro se ha taimado!", me decía consternada.

La casa de Emelina, cerca del mar, se mantenía sin mayores variantes desde hacía muchos años. Era la misma quinta que Gabriela Mistral había adquirido en 1925. El jardín y el huerto eran lugares deliciosos. Los clarines y las arvejillas hermanaban con las rosas. Los papayos con los durazneros y los ciruelos. El amor en cuna alegraba los troncos de las viejas palmeras. El cedrón, el toronjil y la malva rosa mezclaban sus perfumes.

Los recuerdos se acumulaban en el interior de las habitaciones. Todo lo invadían: paredes y muebles. Los rostros de los que habían sido aparecían junto al de la hermana ausente, Lucila, la gloriosa Lucila, la única que "recibió reino de verdad", de mar a mar.

Emelina esperaba siempre su retorno. Cuando volvía del confín de sus añoranzas exteriorizaba su pena por no tener salud suficiente que le ayudara a partir para hacer compañía a la eterna andariega. Su destino era ser la guar-

diana del hogar, la depositaria de los recuerdos, mientras Lucila marchaba hacia la gloria.

Recorrer las habitaciones llenas de esos recuerdos era como hundirse en los años transcurridos. Varias fotografías representaban a Lucila joven, siempre con aspecto monjil. En un ángulo se veía la hermosa cabeza esculpida por Laura Rodig en la época mexicana. Dos grabados reproducían los rasgos de Rubén Darío y de Amado Nervo. El hermoso rostro de Petita nos miraba serenamente desde su marco. Libros, discos, periódicos, recortes se amontonaban en cajones y estantes.

Emelina me había dado permiso para que lo examinara todo a mis anchas. Yo disfrutaba con esas ojeadas retrospectivas. Aunque mi mayor felicidad era pasar largas horas sentada junto al lecho de mi vieja amiga. No me cansaba de hurgar en sus recuerdos. Tenía una memoria prodigiosa y le encantaba dejarse llevar por la corriente de sus rememoraciones hacia esa última década del siglo XIX, cuando ella había iniciado su carrera de maestra como ayudante en la escolita de Paihuano.

Emelina conocía desde temprano las estrecheces económicas con su cortejo de angustias y zozobras. La vida nunca se le había presentado fácil y cómoda. Sus más lejanos recuerdos de infancia le mostraban a su madre inclinada horas y horas sobre la costura para ganar el pan.

La residencia en Vicuña, cuando nació Lucila —por los años 1889 y 1890—, había sido un período de relativo bienestar para la familia. Godoy enviaba regularmente su mesada desde La Unión y las pequeñas industrias caseras ayudaban a dar mayor amplitud a los recursos. La hermanita crecía sin contratiempos, daba sus primeros pasos, balbuceaba sus primeras palabras, jugaba en el huerto tan primorosamente engalanado por su padre.

Pero los quehaceres menudeaban. A pesar de su juven-

tud —sólo tenía quince años— Emelina sentía sus hombros cargados de responsabilidades. El trabajo casero, a veces rudo, la encercaba cerrándole el horizonte.

Con la sonrisa en los labios, Emelina me describía su habitual jornada de trabajo. Se levantaba al alba para regar el huerto. Era una tarea pesada, pues debía sacar el agua de la acequia con una gamela para desparramarla luego donde fuera menester. Esa labor, sumamente cansadora, era indispensable si se querían obtener algunos productos de ese trozo de tierra, modestos productos que se ofrecían como una bendición para aumentar los limitados recursos hogareños.

Una vez remojadas las plantas, Emelina encendía el fuego, ponía a calentar el agua y se marchaba a realizar las modestas compras para el sustento diario. Las calles de Vicuña recién empezaban a desperezarse. A su regreso encontraba el desayuno ya preparado por Petita y entonces comenzaban las múltiples tareas que la iniciación de cada día trae a las mujeres: lavado, barridos, zurcidos, cocina, costuras, bordados, confección de dulces.

Además de todo ese trajín doméstico, Emelina había conseguido una ocupación estable para las últimas horas del día. De siete a ocho, concurría a casa de la directora de la escuela superior de niñas de Vicuña donde desempeñaba tareas de lectora. Los ojos de la señorita Adelaida Olivares se iban apagando lentamente y le era imprescindible contar con la ayuda de una vista joven. Cinco pesos mensuales recibía Emelina por ese trabajo. No era mucho, aún en esa época. Pero ella recordaba con agrado esa actividad:

—Jamás me resultó pesada esa tarea. Me gustaba. No era más que una hora. Y era raro que no sacara provecho de la lectura que yo realizaba cada día y de los comentarios y aclaraciones hechos al margen por la señorita Adelaida. Esas diarias ejercitaciones fortalecieron y completaron mi

instrucción. Yo no había hecho más que la escuela primaria. Esa labor me permitió desenvolverme con eficacia cuando ingresé en la enseñanza.

Porque Emelina, como su hermana Lucila, fue maestra autodidacta. Había asimilado muy bien sus conocimientos de la escuela elemental. Su curiosidad natural hacía que a diario aprendiera cosas nuevas. Más tarde estudió con ahinco para alcanzar el nivel de las maestras con título. En 1905 rindió examen de competencia al reincorporarse a la docencia. Volvió a someterse a examen en 1912 y eso le valió poder desempeñarse en el Liceo de Niñas de Los Andes, junto a Lucila.

La modesta casa de adobe que ocupaban en Vicuña se levantaba en la calle Maipú —hoy Gabriela Mistral— número 759, pasando la calle Baquedano y poco antes de llegar al callejón que conduce al Hierro Viejo, una especie de suburbio vicuñense. La plaza quedaba *para abajo*, a unas buenas cuatro cuadras sombreadas por el espeso follaje de las moreras. En la esquina de las calles Maipú y Baquedano, ocupando un solar enorme, estaba situada la antigua casona de don Mateo Rojas, con un huerto descomunal, lleno de paltos y chirimoyos. En frente se hallaba la casa de comercio de mi abuelo, José Greorio Madariaga.

La calle Baquedano iba del *bajo* para el *alto*, es decir del río hacia los cerros. Por ahí se podía llegar, escalando pircas y saltando acequias, al cerrito Patasanta y luego alcanzar el enorme plano inclinado que conduce a las agüadas que verdean sobre los cerros pardos. Ese era el camino obligado para trepar al cerro de la Virgen. Ascensión que implicaba un saludable ejercicio, la posibilidad de admirar algunos paisajes cerriles y un acto de devoción para los que llevaban las consabidas velas y el rosario.

La calle Maipú se alargaba entre casitas cada vez más bajas y carcomidas, se convertía en callejón, luego en cami-

no y seguía ensartando pueblos y faldeando cerros, esos pueblos largos de una sola calle, que son la característica del angosto valle de Elqui.

Como ésa era la única salida *para arriba*, por delante de la casa pasaban toda clase de cabalgaduras y toda clase de tropas. Algunas doblaban a la derecha para tomar el vado que lleva a Peralillo. Otras se desviaban a la izquierda, hacia San Isidro, Diaguitas, Rivadavia, Paihuano, Montegrande, La Unión.

La casa de comercio de mi abuelo era uno de esos almacenes a la antigua que vendían toda clase de mercadería. Diariamente llegaban los burros cargueros procedentes de cerro adentro. Pacientemente esperaban el atado que debían soportar sobre el lomo. Solían llegar pintorescos clientes de los lugares más remotos del valle.

—Cundo yo pasaba por delante del negocio de su abuelito —me contaba Emelina— nunca dejaba de asomarme para saludar a su mamá. Yo sabía que la iba a encontrar porque ella misma se había impuesto la obligación de ayudarle a don Gregorio en sus tareas de contabilidad y era muy cumplidora con su trabajo. En cuanto me veía, corría a mi encuentro, siempre alegre y animosa, siempre con la sonrisa a flor de labios. Le gustaba descubrir presagios felices a su alrededor. Le hacía mil cariños a Lucila y a cada rato me decía: *¿Qué irá a ser de esta niñita, Emelina, con esos ojos color de cielo?*

Yo sabía que mi madre era una enamorada de los ojos claros. Se casó con un hombre de ojos verdes, pero tuvo el desconsuelo de no verlos reproducidos en ninguno de sus hijos.

—Es cierto que los ojos de Lucila llamaban la atención por su belleza —continuaba Emelina— y la gente se llegaba a detener para mirar de cerca a la niñita. Yo me esmeraba en hacerle unos vestiditos de lo más sentadores y su mamá

me ayudaba en esto porque juntaba todos los retazos de género, cinta o puntilla que descubría en el negocio y luego me pasaba los pequeños envoltorios diciéndome por lo bajo: *Para la niña...* Y, al mismo tiempo, me hacía un gesto expresivo para que me callara, para que no agradeciera esa tan poquita cosa. Y yo me daba maña para acomodar esos retacitos de tal manera que resultaban prendas graciosas para Lucila.

Por ese tiempo Emelina había añadido a sus pequeñas industrias caseras la confección de unos tocados usados en aquella época por las mujeres. Se llamaban *cariñosas*. Trabajaba tres días en armarlas y cobraba un peso y medio por cada una. Como era sumamente religiosa y concurría a la iglesia con frecuencia, las primeras ganancias de sus *cariñosas* fueron destinadas a la compra del hábito de San José, traje celeste y manto blanco, en cumplimiento de una promesa:

—Y fue su mamá la guardiana de mis ahorritos. Le fui entregando lo que ganaba hasta que el hábito pudo ser adquirido.

Los episodios de esa índole se multiplicaban y fortalecían esa simpatía, esa mutua comprensión, ese cariño entre las dos jóvenes que debía perdurar a través del tiempo y la distancia.

Cuando Petita se trasladó por un tiempo a La Unión, Emelina quedó en casa de su prima Rosario Torres. Esta se dedicaba a la costura fina. Emelina no sólo se prestó a ayudarla en todos sus quehaceres sino que se esforzó por penetrar en los muchos secretos de la aguja. Esa colaboración beneficiaba a Rosario Torres, pero también le proporcionaba a la niña la oportunidad de adquirir una habilidad que se sumaba a las que ya tenía.

Esa fue siempre una de las características de Emelina: saber aprovechar todas las oportunidades que se le presen-

taban para adquirir conocimientos, ya fueran manuales o intelectuales. Los cimentaba, los reforzaba, trataba de superarse continuamente. Así iba formando su personalidad bien definida.

Al dejar la casa de Rosario Torres, Emelina recibió como retribución de su buena voluntad un billete de cinco pesos. La inesperada ganancia fue destinada a la compra de una imagen grande, con su bonito marco, de la Virgen del Perpetuo Socorro. Era el cuadro que seguía colgado a la cabecera de su cama.

Hasta entonces las estrecheces habían sido llevaderas. Pero llegaron tiempos de incertidumbre cuando Godoy fue trasladado a Penulcillo. En marzo de 1891 Emelina obtuvo el nombramiento de ayudante en la escuela de Paihuano y allá se fue, valle arriba, con la madre y la hermanita. Antes de partir, la adolescente se alargó la pollera y resolvió adoptar una actitud grave que estuviera en consonancia con la tarea de educadora que le había tocado en suerte.

Paihuano está a nueve kilómetros de Rivadavia, hacia el *interior*, sobre la orilla derecha del hermoso río Claro. Los fundos colgados de los cerros se multiplicaban sobre la quebrada que se abre hacia el este, aprovechando las aguas del *estero*. La escuelita estaba situada sobre el filo de un barranco, dominando el valle y la quebrada de Chancoquí que se abre del otro lado del río. Vides, durazneros e higuerales adornaban las faldas cerriles hasta el canal del alto.

La vida era mucho más sencilla que en Vicuña. Los trabajos caseros absorbían a Petita, los de la escuela a Emelina. Esta se había entregado a la enseñanza con el habitual entusiasmo y el afán de superación que ponía en todos sus actos. Avidamente recogió las orientaciones que le daba la directora y no desperdició oportunidad de mejorar su instrucción.

Lucila acababa de cumplir dos años. Correteaba alrededor de la pollera de su madre y descubría poco a poco los encantos del lenguaje. Por las noches, esas noches tempranas de invierno, a la luz de la vela, Petita y Emelina cantaban.

La gente del lugar había acogido con simpatía a la nueva maestra. Su sobriedad en el trato, su tesonera dedicación al trabajo fortalecieron los vínculos cordiales que no tardaron en establecerse.

Al finalizar el año escolar, Lucrecia Larraín, directora de la escuela de Montegrande, le hizo una visita especial para comunicarle su próximo traslado a Vicuña, urgiéndola para que solicitara el cargo que iba a quedar vacante. La oferta era seductora por todas las ventajas que implicaba, pero la responsabilidad de una dirección escolar apocó a Emelina. ¡Eran ya tantas las cargas que pesaban sobre sus breves años! Contestó que eso era imposible.

Lucrecia Larraín no se conformó con esa negativa. Habló largo y tendido en defensa de su proyecto, dio consejos, explicó algunos secretos del oficio, infundió alientos y, al final, obtuvo la aceptación, una aceptación tímida y desesperanzada.

Uno de los más acaudalados propietarios del valle, don Luis Filomeno Torres, dueño del fundo *El Pozo*, tomó en sus manos el asunto y se empeñó para que todo resultara bien. Una tarde, Emelina divisó a un jinete que se acercaba agitando alegremente un papel sobre su cabeza. Era don Eleodoro Castro, antiguo propietario de Peralillo, que le traía, con gran alborozo, su nombramiento para Montegrande.

Ya era directora de escuela y todavía no había cumplido dieciocho años.

Al poco tiempo la familia se trasladó a su nuevo hogar, otros nueve kilómetros más arriba, siempre por el valle del

río Claro. Allí iban a permanecer por espacio de casi diez años.

En esa aldea colgada de los cerros elquinos transcurrieron los días más felices de Emelina. Con verdadero deleite recordaba aquella vida sencilla, dedicada al trabajo, aquella sociedad patriarcal, de costumbres morigeradas, sin lujos ni desplantes. Me describía las veladas llenas de canciones, las guitarras que iban y venían de una casa a la otra. Todos reclamaban la presencia de madre e hija, pues la fama de sus voces iba en aumento. La gracia de ambas era proverbial. Don Olegario Alba, un caballero de Paihuano, solía recordar, andando los años, esas cuecas de Emelina que eran *como para resucitar a un muerto*.

Petita, además de cantante, era eximia bailarina. "Bailaba la cueca —me contaba Emelina— con paso cadencioso, con el dedo meñique bien estirado, moviéndose con gracia calculada y grave". Tenía también el don de la réplica oportuna. Nadie había olvidado cómo, cierta vez en La Unión, había improvisado unos versos para contestar a cierta insinuación malévola.

Solían pasar las tardes del domingo en el fundo *Las Palmas*, propiedad de Adolfo Iribarren, subdelegado en Montegrande, casado con Obdulia Iglesias. Se sentaban a la sombra de los árboles, los más hermosos del valle. Abundaban allí las higueras de bíblica frondosidad, pero también se veían ejemplares extraños, como el árbol del fuego y el árbol del pan. Además, algunos animalitos exóticos andaban sueltos y contribuían a decorar el lugar: el ciervo, la gacela, el pavo real, el faisán.

Petita y Emelina cantaban en compañía de Rosita Pinto, hija adoptiva del matrimonio Iribarren. Los dueños de casa escuchaban complacidos. La tarde se volvía una sola canción interminable. Mientras el mate daba vueltas, se cantaban los pesares y las alegrías, los amores y los des-

engaños, los celos y los olvidos, la ausencia y el perdón.

Yo conocía muy bien a Rosita Pinto de Sagüez. En su vieja casona de Vicuña ella también me había descripto esas reuniones, siempre numerosas. Me había contado cómo Lucila se apartaba y prefería corretear entre los duraznales o sentarse sobre la mullida alfombra de hojas secas debajo de las higueras. Haciendo correr sus dedos por las cuerdas de una vieja arpa que una tía le había dejado como recuerdo, se entretenía en entonarme, con voz todavía suave, las estrofas de aquella época. Unas correspondían al repertorio de Emelina o de Petita, otras al suyo propio. Al oírla yo pensaba en el contraste que debían ofrecer esas dos niñas, morena y reposada una, rubia y vivaracha la otra.

Rosita entonaba con los ojos llenos de alegre picardía:

Pero es en vano que me enamoren

y que me juren eterno amor.

No he de quererlos. Por mí no lloren

porque es de nieve mi corazón.

Emelina, de temperamento más sentimental y cuya vida no había conocido muchos halagos, prefería cantar:

Hubo un tiempo que de amores yo soñé
bajo un cielo de colores habitar.

Mas ¡ay! triste de ese sueño desperté.

Siente el alma sólo anhelos de llorar.

A veces el coro se generalizaba y una tras otra se iban sucediendo las canciones más en boga por aquellos años finiseculares. A ratos el tono era alegre y despreocupado:

Que el abanico sirve

para expresar

las dulces sensaciones

de un tierno amor.

En cada varilla lleva

una oración

*que completa el lenguaje
del corazón.*

A ratos se cargaba de tristeza y desesperación:

*He vivido tolerando un martirio
y jamás pienso mostrarme cobarde.
Arrastraré las cadenas más fuertes
hasta que mi triste vida se apague.*

—Pero nadie cantaba como Petita —repetía siempre Rosita Pinto—. Nunca podré olvidar una canción llamada *El tiempo*. Sólo Estela Pinto de Araya, a quien todos por admiración llamaban *la Patti*, podía igualar esos gorjeos.

Era una felicidad muy grande poder cantar. Los sabores, las desdichas, los infortunios, todos los males podían llegar. Pero nunca se quedaban. Se escapaban en las notas de un canto simple, alegre o triste, pero siempre lleno de la gracia infinita de la música.

Emelina sonreía al evocar esos recuerdos y luego me decía confidencialmente:

—Por aquellos años todo se decía por medio de canciones. Era el único lenguaje permitido a las mujeres.

Por eso aquellas estrofas cargadas de afectividad han perdurado hasta nosotros y todavía resuenan como lánguidas voces de los que sufrieron y amaron en aquella época. Eran canciones dulces, melancólicas, románticas, apropiadas para despertar sentimientos e ilusiones en las almas sencillas de una aldea perdida entre cerros cordilleros. Todos los anhelos iban a dar a las cuerdas de la guitarra.

La infalible memoria de Emelina me iba introduciendo en la vida cotidiana de aquellos años. Cuando no me recitaba versos compuestos por Godoy en distintas circunstancias, me daba la letra de las canciones entonadas en las veladas de Montegrande. O me contaba cómo Lucila

se perdía en el huerto de la casa durante largas horas y la madre la sorprendía en aparente diálogo con los árboles y las flores. Ante ese espectáculo la señora se apartaba meneando la cabeza y luego interrogaba pensativamente a su hija mayor:

—¿Qué tendrá esa niñita, Emelina? No habla con la gente, pero cualquiera diría que está conversando con las plantas...

A Emelina le agradaba recordar los años escolares de Lucila. Su amiguita más querida era Cristina Pinto Hevia, una chiquilla de grandes ojos claros que iluminaban un rostro de finas facciones. Cuando oficiaban misa en la iglesia de Montegrande —un domingo entre tantos porque no había párroco— Emelina hacía que las dos se vistieran de blanco y pidieran limosna para las obras pías. *Parecían ángeles*, me decía. Al terminar su primer año de escuela, compuesta y acicalada por su hermana mayor, Lucila salió a recitar en la fiesta de fin de curso:

*A oscuras, sin saber nada,
pisé tu recinto un día
y ahora la mente mía
encuétrase iluminada.*

Para cobrar sus ochenta pesos de sueldo, Emelina debía trasladarse a caballo hasta Vicuña, montando, por supuesto, a mujeriegas. El viaje no la arredraba. Sabía ensillar y también subir sin ayuda alguna, arrojándose a una pirca. Más de una vez había cabalgado llevando a Lucila sobre la falda cuando ésta era pequeña. La distancia no pasaba de cincuenta kilómetros, siguiendo la orilla del río.

Solía llegar a Peralillo, casi frente a Vicuña, a la caída de la tarde. Después de subir por el callejón de las Barraza era casi inevitable que se detuviera frente a la casa de don

Eleodoro Castro. Ese alto en el camino le proporcionaba descanso y alegría.

Las niñas de la casa eran muchas: Esther, Jesús, Nieves, Amelia. . . Todas la acogían con júbilo. Luego del obligado *cariño* con dulce de papaya o de cayote o con fruta peralillana, le alargaban la guitarra porque sospechaban que traía alguna nueva canción que sabría acunar sus ensueños.

Emelina siempre se apeaba con la intención de hacer un breve paréntesis y reanudar la marcha cuanto antes. Pero todas las veces ocurría lo mismo: los cantos se alargaban, la noche se venía encima y don Eleodoro llegaba anunciando que el caballo ya estaba desensillado y en el potrero. Conque lo mejor era sentarse a cenar.

Las chiquillas batían palmas y la mayor parte de la noche transcurría entre acordes melodiosos. Al día siguiente, bien temprano, Emelina montaba a caballo y de un solo galope llegaba a Vicuña.

Seguía el plácido deslizarse de la vida campesina. Los cultivos se renovaban, las cosechas se sucedían, jamás se detenía el ritmo de las acequias. Nunca ocurrían grandes cambios en la apacible manera de vivir de Montegrande. Metidos en la entraña cordillerana, los pueblos elquinos parecían vivir ajenos al transcurso del tiempo.

Palas y azadas siempre estaban activas. También las guitarras. Nuevos cantos se recogían y se repetían los antiguos. El vals *Sobre las olas* dejaba oír sus melodías y envolvía con sus compases una cantidad de sueños sentimentales.

Al llegar la noche, Petita y Emelina solían sentarse a cantar en la penumbra. Lucila empezó a acompañarlas llevando el bajo. Pero en las reuniones jamás se le oía la voz, prefería escuchar. Seguía siendo retraída y silenciosa. A diferencia de su madre y su hermana, jamás agitó su pañuelo en una cueca. En cambio, le gustaba la guitarra y, de vez en cuando, la pulsaba a solas.

Era general en Montegrande la simpatía por esa maestra joven, afanosa, llena de atractivos, cuya vida era una verdadera lección de dignidad. Los hogares se abrían acogedores ante las nobles cualidades de su persona y el mágico encanto de su guitarra. No había fundo de los alrededores que no saludara con alborozo su llegada. Esas familias de viejo raigambre elquino, de sólida posición económica, vivían con simplicidad, alternando el trabajo con los sencillos placeres de la sociabilidad.

—En el hogar de Marcos Pinto y Eduvigis Peralta —recordaba Emelina— encontré muchas horas de paz. Don Marcos arrendaba entonces el fundo *El Agial* que había pertenecido a don Juan Iribarren. Esa propiedad, con sus sesenta hectáreas, era casi un latifundio para la región. El lugar no podía ser más bonito. Situado en la misma confluencia del Cochiguás y el Alcohuás, las sementeras colgaban de los cerros sobre los dos ríos. El matrimonio Pinto me tenía gran cariño. La señora Eduvigis era muy comprensiva y, a veces, yo le hacía mis confidencias. ¿Quién no tiene sus secretitos a los veinte años? Y por ese tiempo no faltaban los que me pedían con vor tierna una de esas canciones *entradorcitas*...

Emelina sonreía al recordar esas veladas lejanas y continuaba contando:

—Más de una vez tuve que cantar a pedido de monseñor Fontecilla, obispo de La Serena por esos años. Este sacerdote viajaba con frecuencia al interior, en busca de sol, y se alojaba en casa de don Lino Rodríguez, en La Unión.

Don Lino Rodríguez era de antiquísima cepa elquina y sus descendientes aun siguen cultivando viñas entre esos cerros. Ese caballero había adquirido renombre en todo el valle por haber escalado el *Doña Ana* en compañía del cura

Sagüez. Su casa era enorme y hospitalaria. Las piezas de huéspedes jamás permanecían vacías.

Yo me había enterado de los viajes de monseñor Fontecilla por relatos familiares ya que una de las etapas del trayecto era la casa de mi abuelo. Todos sabían que al llegar a La Unión el obispo siempre reclamaba algún canto de *esa niña de voz maravillosa*.

Queda un retrato de Emelina de los días de Montegrande. Lo conservaba Rosita Pinto de Sagüez. Es una fotografía tomada por un caballero inglés que se enamoró de una elquina —una niña Iglesias— y se afincó en el valle, el *gringo* Hill. La copia, aunque salida sin mayores retoques de un taller elquino del siglo pasado, se mantiene en excelentes condiciones. Se la ve a Emelina en plena juventud. La moda de aquel tiempo realza su belleza morena. Se pueden apreciar sus grandes ojos oscuros y su garbo natural.

Petita se miraba en sus hijas. La mayor, tan decidida y abnegada, era su sostén. La menor, tan inteligente y bonita, era su esperanza. A veces no alcanzaba a comprenderla del todo. Eso poco le importaba. Su instinto maternal le hacía presentir grandes cosas.

Cuando el corazón se le llenaba de añoranzas, Petita tomaba su guitarra y elegía canciones que armonizaran con su estado de ánimo. A veces las estrofas alcanzaban ecos lamartinianos:

*Ten ¡oh tiempo! tu rápido vuelo,
déjanos un instante gozar...*

Pero el tiempo nunca detiene su vuelo. Lentamente los meses se fueron acumulando en años. El siglo XIX comenzó a agonizar. Soplaron rachas de progreso entre los cerros elquinos al iniciarse la reconstrucción del ferrocarril hasta Rivadavia. Se pensó en hacerlo llegar a La Unión y los ingenieros anduvieron valle arriba, buscando

la manera de que la vía trepara por esas angosturas. Eso quedó en puro proyecto.

Había que pensar en el porvenir de Lucila. Era indispensable abandonar Montegrande, irse valle abajo, acercarse a centros más poblados, a Vicuña o, si fuera posible, a La Serena.

Se acabaron las inolvidables correrías de la niña por los huertos en pendiente. A comienzos de 1900 Emelina se fue a dirigir la escuela de Diaguítas y Lucila ingresó en la escuela superior de niñas de Vicuña. A raíz de un ingrato episodio con la directora, Petita y Lucila se marcharon a La Serena.

Emelina quedó sola en Diaguítas. Había salido con pena de Montegrande y la vida ya no se ofrecía fácil y reidera. Se presentó Barraza y decidió casarse con él. Abandonó la enseñanza para dedicarse a su hogar. Entre Coquimbo y El Molle transcurrió su existencia hasta principios de 1905.

Para esa fecha la situación económica de la familia se había tornado desesperante. Barraza viajó a Santiago para tratar de obtener alguna ayuda. Emelina ya había solicitado su reincorporación al magisterio y recibió el nombramiento de directora en Arqueros. Para allá se fue con Graciela sin esperar el regreso de su marido.

Arqueros era entonces una aldea de unos trescientos habitantes escasos, situada en las vecindades del otrora famoso mineral de plata. Este se encuentra a 1405 metros de altura, sobre la meseta del mismo nombre, cortada en casi toda su extensión por la quebrada de Santa Gracia. Solamente a caballo se podía llegar hasta allí.

Emelina hizo el viaje directamente desde El Molle tomando por la quebrada de Marquesa. En traslados posteriores prefirió enderezar hacia El Romero y bordear la quebrada de Santa Gracia. En ambos recorridos el viaje

era largo y agotador, pues había que ir subiendo por caminos de herradura, cruzando cerros áridos. Volvió a ser la maestra laboriosa de otros años. Su fortaleza no había disminuido, pero la alegría la había abandonado. La familia se había desmembrado y el porvenir se presentaba sombrío.

Barraza regresó tan sólo con vagas esperanzas. Aun seguía en El Molle, indeciso acerca de la determinación que tomaría, cuando cayó fulminado por un ataque. Poco después una gran avenida del río Elqui arrasó con casi todo el pueblo. De la propiedad no quedó más que un pedregal. Las mujeres ya no contaban con apoyo alguno.

El traslado a a Altovalsol, a la entrada del valle de Elqui y a un paso de La Serena, fue un adelanto muy grande en la carrera de Emelina. La madre y la hermana se establecieron en la ciudad y la familia pudo reunirse casi todos los domingos. Reanudaron amistades, recibieron visitas y las hicieron. Petita y Emelina tenían la sociabilidad del elquino y se complacían en cultivar relaciones sobre una base de mutua estimación. Lucila era más reacia. A veces se excusaba invocando trabajos, exigencias de lecturas, estudios ineludibles.

—Sin embargo, era sumamente cariñosa con las personas que aceptaba en su corazón —me explicaba Emelina—. Mi mamá siempre la encontró dispuesta para ir de visita a casa de Filomena Aguilar de Collarte. Artemia Aguilar, hermana de Filomena, era maestra de larga experiencia. Había sido consejera de Lucila cuando ésta ingresó en la enseñanza y gracias a ella la niña pudo salir airoso de la prueba de iniciación. Sus indicaciones le ayudaron a realizar bien su tarea y la encaminaron en los primeros estudios que emprendió por su cuenta para compensar su falta de escuela. Más tarde, cuando ocupó la secretaría del Liceo de Niñas, Lucila contó con la valiosa amistad de Fidelia Valdés Pereira. Fue su mejor guía hasta el ingreso en la

enseñanza secundaria. Muchas veces Fidelia acompañó a Lucila a Altovalsol.

Otra amistad, siempre muy recordada, fue la de María Valdivia de Barraza y sus hijas Aurora y Rosa. Romelio Ureta visitaba con frecuencia a esa familia. Aurora acompañó a Lucila a Coquimbo cuando ésta quiso conocer detalles del suicidio de su novio.

Lucila se fue al sur. Después se marchó al norte. Un buen día ancló en Los Andes y allí se transformó en Gabriela Mistral. Comenzó a rodar tierras. Punta Arenas en 1918. Luego Temuco y Santiago. Después México en 1922. Por último Europa. La vida de la madre y la hermana empezó a girar alrededor de las noticias que llegaban de la ausente. Esta escribía sus cartas con mucha regularidad. Eran noticiosas, descriptivas. Quería que las contestaciones también lo fueran. Esa correspondencia formaba parte del "elquinaje" de Lucila Godoy. La hermana mayor era su confidente, su lazo con el valle. Cuando murió *Yin Yán*, Gabriela arrojó su desesperación en unas carillas que escribió al correr de la pluma. Se las mandó a la hermana sin releerlas.

—Eran alaridos de dolor los que salían de esa carta —recordaba Emelina—. Todavía me dura la congoja.

Graciela y Petita desaparecieron. Pero Emelina no quedó sola. Nunca faltaban visitas en su casa acogedora: antiguas alumnas, maestras que habían trabajado bajo su dirección, amigos de toda la vida. Además, su hogar se convirtió en el de muchas niñas desamparadas. En memoria de la hija, brindaba protección a esas *abijadas*. Las hacía estudiar o aprender un oficio. Las ponía en condiciones de ganarse la vida. En eso no reparaba en gastos y su presupuesto siempre andaba dando traspiés.

Es loca de caridad —decía Gabriela—. Podría vivir perfectamente con lo que tiene, pero ella lo da todo e

incluso contrae deudas... Y trataba de poner algún orden en las finanzas de esa hermana dadivosa. Era, en verdad, una vieja mujer un poco santa —me escribió después de la muerte de Emelina—. Gracias por haberla amado y entendido.

Como pocos cumplió su jornada en la tierra la noble maestra. Fue generosa hasta el exceso, hasta despojarse de lo suyo. Practicó el amor al prójimo con fervor evangélico, llevó la paz a muchos corazones y la tranquilidad a innumerables hogares, no buscó la justicia de los hombres ni tuvo palabras amargas para la incomprensión. Conocía las flaquezas humanas y sabía perdonar los errores. Tuvo una sola línea de conducta, y del bien. Su nombre fue bendecido por muchos labios y su recuerdo perdurará en la memoria de los que la amaron.

AMO AMOR

*Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento;
¡le tendrás que escuchar!*

(GABRIELA MISTRAL, *Amo Amor*)

Cuando la familia se instaló en El Molle, en febrero de 1903, Barraza se dedicó por entero al cultivo de su finca. Emelina y Petita se hicieron cargo de un almacén *atiendado*, modesto negocio que les ayudaba a atender las necesidades inmediatas de la casa. Amasaban todas las semanas y dos peoncitos se encargaban de llevar el pan hasta Marquesa en un burrito enjaezado con dos cajones que hacían las veces de árguenas. El trabajo llenaba las horas. Iban tirando. No había holgura, pero tampoco escasez.

Lucila ya no iba a la escuela. De muy poca utilidad podía serle el pobre establecimiento del lugar. Había cumplido catorce años en el mes de abril. Se había convertido en una hermosa adolescente alta, de pelo claro y ojos verdosos con profundidades de mar. Se entregaba con pasión a la lectura y a *sus cosas*, es decir a llenar cuartillas que luego escondía celosamente. Leía lo que pillaba, lo que caía en sus manos, lo que le prestaban en alguna casa amiga. En materia de libros las casas elquinas como la suya eran pobres de toda solemnidad. Tampoco existían bibliotecas públicas por esos lugares. Había que conformarse con lo que se encontrara al alcance de la mano.

La pasión por leer y escribir le absorbía mucho tiempo a Lucila y llegaba a descuidar las obligaciones caseras que le correspondían. Buscando una posición descansada la niña solía recostarse en la cama con su libro. Se hundía en la lectura hasta que la voz admonitoria de la madre o la hermana la volvía a la realidad. Se requería su ayuda. Se dirigía entonces al *despacho* y ayudaba a vender. Con la mirada aun sumida en las profundidades de su propio mundo interior Lucila medía géneros bastos, pesaba azúcar o yerba, entregaba pan. Y, sobre todo, aguardaba el momento propicio para correr de nuevo hacia su libro o sus cuartillas.

No tenía amistades ni la atraían los entretenimientos de las jóvenes de su edad. Su carácter no había cambiado. Hablaba poco con la gente y mucho con la naturaleza. Era retraída hasta con los suyos. ¿A quién hubiera podido hacer sus confidencias? Su sobrina Graciela apenas comenzaba a reconocer a la gente de la casa. La laboriosidad de Petita y Emelina les dejaba poco tiempo disponible para los conciliábulos íntimos. Emelina era casi una segunda madre para ella. Nunca la había llamado por su nombre. Desde pequeña siempre le había dicho *hermana*.

La vida seguía su curso en el soleado pueblecito elquino. Los días iban transcurriendo sin alterar la modesta existencia de la familia. Lucila continuaba devorando libros, observando la naturaleza, comparando las "palabras nombradoras", haciendo acopio de experiencia juvenil. Le gustaban los vientos y anotaba sus nombres: *terral*, viento elquino; *mistral*, viento mediterráneo.

Por primera vez, desde principios de 1904, fueron apareciendo algunas de las composiciones de Lucila en *La Voz de Elqui*, periódico de Vicuña. El diario *El Coquimbo* publicó el 30 de agosto de ese mismo año un poema titulado *La muerte del poeta*. Luego siguieron *La siesta de Gra-*

ciela, *En el Campo Santo*, *Amor imposible*, *Flores negras*. Rara vez firmaba con su nombre. Le agradaba utilizar seudónimos vagos: *Alguien*, *Alma*, *Soledad*.

El breve paseo hasta la estación a la hora del paso del tren para el interior, con el pretexto de recoger la poco abundante correspondencia, era la obligada e inocente distracción de los habitantes del poblado.

Lucila solía encargarse de concurrir a la estafeta. De pronto, poco después de haber cumplido los quince años, comenzó a demostrar un desusado interés por la pequeña excursión. Ya no salía sin previo arreglo. Cuidaba su vestimenta, se miraba al espejo, componía su peinado. Por nada del mundo admitía que alguien la reemplazara y no había libro ni cuartilla que la retuviera cuando llegaba la hora.

Emelina la observaba haciéndose la desentendida. Conocía esos síntomas. Sin imponerle su compañía se las arregló para que la niña la aceptase en cierta ocasión. No hizo preguntas que despertaran suspicacias. Se contentó con mirar. No tardó en descubrir la causa del cambio de actitud en el joven ayudante del tren: Romelio Ureta.

Casi a diario le tocaba viajar al muchacho en el convoy de Coquimbo a Rivadavia. Se había enamorado de Lucila con sólo mirarla a su paso por El Molle. De vez en cuando lograban cruzar unas palabras. La niña también estaba enamorada.

De estatura mediana —los chilenos no son altos y éste lo era de vieja cepa— Ureta era bastante bien parecido. Tenía don de gentes. Emelina lo recordaba como “un ñatito de tez blanca y pelo negro, simpático y de voz sumamente agradable”. Aunque en esos momentos desempeñaba un empleo relativamente modesto, pertenecía a una familia de antiguo cuño. Descendía por su padre de don Rafael Ureta, primo de los Carrera, caballero que había

tomado parte activa en las luchas por la independencia, mereciendo los honores del destierro en las islas de Juan Fernández junto con otros destacados patriotas.

El galán demostraba respeto y seriedad. Era atento y cumplido en todos sus actos. Nada podía objetarse a esa relación sentimental, salvo la extrema juventud de los dos enamorados.

Nació un idilio tierno cuajado de esperanzas. Hubo un momento en que Ureta habló de casamiento. Pero eran unos novios muy pobres. Y muy jóvenes. Había que esperar.

Surgieron obstáculos. Las empresas de Barraza iban fracasando una tras otra. Las apreturas económicas fueron en aumento. El pequeño negocio ya no bastaba para subvenir al sustento de la familia. A principios de 1905 Lucila se fue con Petita a vivir a La Compañía Baja para desempeñar su cargo de ayudante en la escuelita del lugar. Por esa misma fecha Emelina fue reincorporada a la enseñanza primaria y se marchó con Graciela a Arqueros.

Ningún interés tuvo ya la estación de El Molle para Romelio Ureta.

Los años que siguieron fueron de intenso trabajo para Lucila Godoy. La enseñanza que impartía, el programa de estudios que se impuso, las cuartillas que llenaba absorbían sus jornadas. Su romance con Romelio Ureta se alargó, languideció con la ausencia, volvió a florecer en los reencuentros. Hubo decepciones, celos, resquemores, penas de amor en una palabra. El recuerdo del paso del tren hacia el interior del valle de Elqui debía perseguir con frecuencia a Lucila. Aquellos días parecían muy lejanos. Era como si llenaran toda una vida.

Lucila Godoy dejó La Compañía Baja, pasó por la secretaría del Liceo de Niñas de La Serena, fue maestra en La Cantera y luego en Los Cerrillos.

Esos amores preñados de vicisitudes, celos, querellas,

desvíos, alejamientos, tuvieron un trágico final. Romelio Ureta se suicidó en Coquimbo el 25 de noviembre de 1909, a la edad de veintisiete años. En uno de sus bolsillos encontraron una tarjeta con el nombre de Lucila Godoy Alcayaga.

Ureta había merecido algunos ascensos en el ferrocarril y en ese momento era jefe de depósito en la estación de Coquimbo, cargo que implicaba cierta responsabilidad. Una diferencia en los valores confiados a su custodia diferencia debida al abuso de confianza de un mal amigo, determinó su extrema resolución. Se mató de un tiro de revólver en casa de la familia González donde estaba de pensionista. Sus restos descansan en el cementerio de Coquimbo, sección 2ª, nicho 3. En 1957 fue colocada una placa recordatoria sobre su tumba por iniciativa de Isolina Barraza de Estay.

La impresión producida por la tragedia fue terrible para Lucila. Quedó anonadada. Se puso triste, hosca. Se echó la culpa de todo. Indagó, buscó, se torturó. Pero estaba destinada a resurgir con nuevas fuerzas de la zarza ardiente. Su dolor no tardó en volcarse en estrofas vehementes.

Hacía mucho tiempo que esas relaciones amorosas seguían y no seguían. Su estado habitual era el de semi-ruptura. Pero el amor no había muerto. Desde aquel encuentro en la estación de El Molle, cuando él

*llevaba un canto ligero
en la boca descuidada...*

persistía el sentimiento fiel. La muchacha enamorada tuvo momentos de felicidad en que pudo decir:

*Si me miras yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío...*

Pero también los tuvo de desaliento, tristeza y despecho.

Al hablar de sus destinos pudo decir que eran un
amasijo fatal de sangre y lágrimas.

Romelio Ureta era un muchacho de extraordinaria nobleza, de carácter alegre, de infinita bondad. Así lo retrata Gabriela Mistral en *El ruego*:

*Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro como la primavera.*

Pero Ureta era un chileno joven, sensual, apegado a las cosas terrenas. Le costaba elevarse a la altura de Lucila. Es posible que muchas veces no alcanzara a comprender su lenguaje. Ella sufría al verlo buscar placeres impuros. El orgullo motivaba los alejamientos, pero nunca se llegaba el rompimiento definitivo. Lucila Godoy jamás miró a otro hombre. El la seguía amando y colocando por encima de todos sus anhelos, pero sus pies estaban demasiado apegados a la tierra y se dejaba arrastrar por otras pasiones. Muchas veces sangró el corazón de la enamorada:

*El paso con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!*

A ratos intenta sublevarse, pero sin éxito:

*Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombros, ¡tan oscuro!*

Muchas veces ella insiste en ese destino que los ha unido:

*Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas;
Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua;
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza abuecada.*

Lanza el hondo lamento:

*desde que lo ví cruzar
mi Dios me vistió de llagas.*

La más hermosa de las composiciones de amor es la titulada *Intima* donde se desmigaja el precedero sentimiento carnal y se busca la verdadera esencia del amor:

*Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo,
que tiembla entera al roce del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.
Es lo que está en el beso, y no es el labio;
lo que rompe la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios, que pasa bendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!*

El alejamiento puede acabar, el entredicho solucionarse, la querella tomar fin. La muerte sola ya no tiene remedio.

*¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoldadas?
¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
¡Oh! ¡no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno horror!*

Hay momentos en que se siente abandonada, impotente, como en la desesperanzada *Espera inútil*:

*Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.*

.....
*Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor...*

.....
*No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.
Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!*

Varios sentimientos surgen en esa poesía fuerte, a veces áspera. Es el dolor que llora y suplica:

*¡Si Dios quisiera volvérteme
por un instante tan sólo!
¡Si de mirarme tan pobre
me desolviera tu rostro!*

A veces la súplica se hace reproche:

*Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su pulpa rubí.*

*¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!*

Llama a su muerto "la migaja dorada", "lámpara de amor que se apagó en medio del camino", "cal de mis huesos", "gorjeo de mi oído", "dulce razón de la jornada", "panal de mi boca", "vaso de frescura".

En cierta ocasión llega al renunciamiento:

*Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres contentos de vivir...*

Pero a ratos surge un extraño sentimiento de victoria definitiva sobre la carne. Nadie podrá ya nunca disputarle a su muerto:

*¡Ab! ¡Nunca más conocerá tu boca
la vergüenza del beso que chorreaba
concupiscencia, como espesa lava!
Vuelven a ser dos pétalos nacientes,
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.*

.....
*¡Bendita ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternas
y duras de la muerte!*

.....
*¡Duras ceras benditas,
ya no hay brasas de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os derritan!*
Una alegría insensata la invade:
*Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!*

Confiesa haberle pedido al Señor:

Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor...

y después de ese tremendo pedido, solloza:

¿Qué no sé del amor, qué no tuve piedad?

¡Tú que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

Ella sabía muy bien que el amor no siempre es un bálsamo para el corazón apasionado:

*Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio,
un mantener los párpados de lágrimas mojadas,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando, bajo ellas, los ojos extasiados.*

Los celos la habían atenaceado:

*Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,*

*porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.*

*El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas
y oteándolas como un ciervo,
te sigo por las montañas...*

*A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa.*

*Vé cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas;
mas, cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.*

Pero los remordimientos la acicatean:

*¡Y qué esquiva para tus bienes
y qué amarga hasta cuando amé!*

*El que duerme rotas las sienas,
era mi alma ¡y no lo salvé!*

La agobia el peso de su inercia:

*¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!
Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
¡de palpar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos!*

Se siente mendiga, se llama surtidor abandonado, quiere ser jaramago humilde sobre la tumba. Envidia a la tierra:

*Tierra tú guardas sus huesos:
¡Yo no guardo ni su forma!*

Lanza gritos de desesperación:

*¡Qué va a tener razón de ser ahora
para mis ojos en la tierra pálida!
¡ni las rosas sangrientas
ni las nieves calladas!*

Lucha con el recuerdo, con la sombra escurridiza, con el pasado que huye:

*Araño en la ruin memoria;
me desgarró y no te encuentro,
¡y nunca fui más mendiga
que ahora sin tu recuerdo!*

.....
*Cuando la vida me hiera,
¿A dónde buscar tu cara,
si ahora ya tienes polvo
hasta dentro de mi alma?*

Lanza ruegos fervorosos a Dios pidiéndole perdón para el suicida:

*Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrél tímido, los bordes de tu manto,
y ni pueden huirme tus ojos amorosos*

ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

Poco a poco el dolor se hizo más apacible. Su poesía fue colmando el hueco que había quedado en su vida. Llegaba la conformidad:

*Los niños cubren mis rodillas;
mirándoles a las mejillas
ahora no rompo a sollozar...*

Pocos meses después de la tragedia, Lucila Godoy viajaba a Santiago a rendir su examen de competencia para suplir la falta de título docente. Luego se fue a Traiguén y después a Antofagasta. En 1912 estaba instalada en Los Andes, a orillas del río Aconcagua.

Durante esos años había escrito mucho, prosa y verso. El motivo central de su poesía había sido la muerte de Romelio Ureta. Todos esos poemas fueron recogidos en un cuaderno titulado *Los versos de noviembre*. Gran parte de ellos fueron incluidos, más tarde, en *Desolación*. Formaron el capítulo *Dolor* dedicado *A su sombra*. "En casi todos los poemas de *Dolor* —escribió Roberto Brenes Mesén— hay un olor de corazón en brasas. Se siente aquí que las ascuas del genio han traspasado el entendimiento y las carnes de esta mujer".

El paisaje andino le trajo la calma, la serenidad:

*Y después de tener perdida
lo mismo que un pomar la vida,
—hecho ceniza, sin cuajar—,
me han dado esta montaña mágica,*

*y un río y unas tardes trágicas
como Cristos, con qué sangrar.*

En Los Andes Lucila vivía consagrada a sus clases y a sus escritos. Los años de dolor parecían haberla iluminado. Las estrofas se amontonaban sobre su mesa de trabajo. Pero ya no quería hablar de su tragedia:

*Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel.
Abren violetas divinas, y el viento
desprende al valle un aliento de miel.*

La última página de *Desolación* lleva un *Voto* de la autora que comienza disciando: *Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también.* Luego de una breve referencia a un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme, promete subir hacia las mesetas espirituales y cantar desde ellas las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón; cantaré como lo quiso un misericordioso, para "consolar a los hombres".

Dos años de paz transcurrieron en el valle de Aconcagua. Dos años de trabajo, estudio y recogimiento.

Habían ya corrido muchos meses de 1914 cuando Lucila Godoy tuvo noticias de que la Sociedad de Artistas y Escritores de Chile patrocinaba unos juegos florales. Sus bases habían sido publicadas por todos los diarios del país. Componían el jurado Miguel Luis Rocuant, Armando Donoso y Manuel Magallanes Moure, viejo poeta coquimbano.

Lucila se quedó pensativa. Luego tomó una resolución y buscó el cuaderno escondido en uno de los cajones de su mesa. Repasó las hojas una por una. Se detuvo en los *Sonetos de la muerte*. Eran poesías relativas al dolor más grande de su vida, a la muerte del hombre que había amado. Leyó y releó los poemas y, al fin, escogió a tres de ellos.

Los pasó en limpio y los dejó preparados para enviarlos al certamen.

Bajo sobre debía añadir una tarjeta declarando quien era el autor. Vaciló un momento, pero pronto se decidió. Recordó el nombre que siempre había sido de su agrado y a su encuentro vino su viejo amigo el viento. En vez de firmar Lucila Godoy, firmó *Gabriela Mistral*.

A mediados de diciembre el jurado pronunció su dictamen y los diarios chilenos anunciaron como vencedora de los juegos florales a la escritora Gabriela Mistral. Nadie la conocía.

El 22 de diciembre se realizó la solemne proclamación de los premiados en el antiguo Teatro Santiago. La mejor sociedad santiaguina llenaba la sala. Don Ramón Barros Luco, presidente de la república, asistió al acto con su mujer. Todo transcurrió de acuerdo con los cánones establecidos para esas fiestas de la poesía. El poeta elquino, Julio Munizaga Ossandón, merecedor del primer premio, eligió a la reina de los juegos florales: María Letelier del Campo. Estaban presentes todos los laureados: Pedro Sienna, David Bari, Claudio de Alas, todos menos Gabriela Mistral, ganadora de la flor natural, la distinción más alta de todo el certamen.

Pero Lucila asistió al acto en compañía de Fidelia Valdés. Trajeada como siempre, a usanza monjil, se ubicó en la galería, confundida con el público modesto, y desde allí oyó proclamar su nombre y escuchó la lectura de sus poemas hecha por su ilustre comprovinciano Víctor Domingo Silva.

Y así fue como Lucila Godoy Alcayaga se sumergió en la sombra para dejar paso a Gabriela Mistral.

LA MAESTRA AUTODIDACTA

*He enseñado a leer a gente americana,
amasando verdad en lengua castellana.*

GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral no obtuvo jamás título académico de ninguna especie, salvo los *honoris causa*. Fuera de la enseñanza elemental que recibió en la escuelita rural de Montegrande, bajo la dirección de su hermana Emelina, sólo inició cursos, que no llegó a completar, en la escuela superior de niñas de Vicuña, en la escuela de aplicación anexa a la normal de La Serena y en una escuela primaria de Coquimbo.

Se hizo maestra ejerciendo el oficio. En cuanto ingresó en la enseñanza, dedicó sus ratos libres al estudio, tratando de superar su situación de docente sin título que la amargaba y humillaba. Fue una auténtica autodidacta. En 1952 le declaró a Lenka Franulic:

—Yo fui una autodidacta, pero el autodidactismo no me parece un ideal, porque es un martirio, aunque yo le tengo apego y se lo aconsejo a quien tenga la entereza suficiente para afrontarlo.

Los comienzos de Gabriela Mistral fueron sumamente difíciles. Alguien la ha calificado de *poquisimamente perdonadora*. Es muy cierto que no olvidaba fácilmente los agravios, los verdaderos agravios. Pero esa actitud se

llega a comprender cuando se indaga en el pasado y se descubren algunos episodios ingratos que marcaron a fuego la infancia y la adolescencia de Lucila Godoy Alcayaga. A la luz de los mismos deben ser interpretadas muchas de sus actitudes y declaraciones.

A los periodistas que la entrevistaron en Los Andes, luego del triunfo en los juegos florales de 1914, después de hacer el elogio de la acogedora tierra del valle de Aconcagua, les dice:

—La otra, Coquimbo, ni me dio jamás la misericordia de esta paz, ni fue para mí otra cosa que un sorbo renovado de salmuera y hiel.

En ese año 1952 también confía a Lenka Franulic:

—Los éxitos no le valen de nada a una, cuando llegan a destiempo... El secreto de la felicidad está en la oportunidad con que nos llegan las cosas. Y la infancia la marca a una para siempre. La mía fue desdichada y nadie podrá devolverme jamás la alegría que me robaron.

Varios fueron los episodios desagradables que irrumpieron en el desenvolvimiento armonioso de la personalidad en formación de Lucila Godoy Alcayaga.

El primero de ellos ocurrió a comienzos de siglo, en el año 1900. La familia acababa de abandonar Montegrande. Emelina había logrado su traslado como directora a Diaguitas. Quedó resuelto que Lucila completara sus estudios primarios en la escuela superior de niñas de Vicuña, considerándose la posibilidad de que, más adelante, ingresara en la escuela normal de La Serena y obtuviera su diploma de maestra.

Petita se quedó viviendo con Emelina y puso a la niña bajo la custodia de su tía abuela, Angela Rojas Aguirre. Poco después la tía Angelita tuvo que ausentarse de Vicuña y Lucila pasó al hogar de don Baldomero Palacio. Todos los sábados le mandaban caballo desde Diaguitas y

la colegiala recorría gozosa y a todo galope los ocho kilómetros, *para arriba*, que la separaban de la madre y la hermana.

Lucila estaba dolida con el trasplante. El ambiente pueblerino, tan distinto al de su aldea cerril, la llenaba de celos. Aunque los viera todas las semanas, sufría con la obligación de vivir apartada de los suyos. Seguía siendo una pequeña reconcentrada, volcada para adentro. Hablaba muy poco y prefería refugiarse entre las creaciones elaboradas por su pensamiento. A veces componía versos. Unas estrofas escritas con motivo de su primera comunión habían circulado de mano en mano, entre parientes y amigos. Pero era raro que exteriorizara lo que sentía.

A la niña le costaba un mundo someterse a la absurda disciplina que imperaba en el establecimiento, esa disciplina puramente externa que trata de matar toda espontaneidad en los niños. Añorando la firme dulzura de Emelina, Lucila realizaba su trabajo escolar en la mejor forma posible. Estudiaba cuidadosamente las lecciones que le señalaban y ponía todo su esmero en presentar cuadernos impecables. No la habían aleccionado en vano su madre y su hermana. Sabía que la vida es lucha constante, que el saber es una valiosa conquista, que rara vez el deber coincide con el placer. Su éxito como alumna iba a llevar la satisfacción a los suyos y compensar sus desvelos.

La escuela superior de niñas estaba siempre en manos de Adelaida Olivares, aquella maestra casi ciega a quien Emelina había servido de lectora en sus años de adolescencia. Era la madrina de confirmación de Lucila. Todo hacía suponer que la directora tomaría a la niña bajo su tutela espiritual, dirigiéndola y aconsejándola.

Sin embargo no fue así. Adelaida Olivares se había acostumbrado a hablar empleando cierto tono quejumbroso que quería llegar a la dulzura, pero con escaso resul-

tado. Era violenta. No en los gestos, sino en los íntimos repliegues del alma. Carecía del don de comprender. Y era fanática. No amaba a los niños. Los atemorizaba. A ella podían serle aplicadas las palabras de San Agustín: *Y, ay de la vida más ejemplar, si llegáis a escrutarla en la ausencia de la misericordia.*

Lucila se le había acercado confiadamente. Se complacía en servirle de guía cuando la señorita Olivares regresaba a su casa. La apenaba profundamente el estado de invalidez de su madrina. Pero esa mujer, de mezquinos sentimientos, se sintió molesta por la altivez ingénita de Lucila. Esa existencia que asomaba a la vida, abriéndose en promesas, en vez de conmovérsela le despertó resentimiento.

La sorda hostilidad de la directora se mantuvo latente, agazapada, esperando el momento favorable para irrumpir con estruendo en la vida de Lucila Godoy. Muchas veces había recurrido a motivos triviales para manifestarse solapadamente, pero esas llamadas de atención podían ser atribuidas al rígido sistema disciplinario a que estaba sometido el alumnado.

Un día se ofreció la oportunidad y el ataque fue directo, de frente, inequívocamente personal. Adelaida Olivares, poco menos que a gritos, lanzó contra la niña una acusación calumniosa. El visitador escolar, don Bernardo Araya, al entregar a Emelina el material para su escuela de Diaguitas, había añadido un cuaderno. *Para su hermanita*, le dijo sonriendo. El caballero conocía bien a la familia y sabía que la niña merecía ser ayudada en sus estudios. Cuando la directora de Vicuña vio ese cuaderno en manos de Lucila se quedó mirándola con fijeza, luego la interrumpió con brusquedad y la acusó de haberlo sustraído de su propio material. La niña trató de defenderse, pero fue arrollada como Caperucita por el lobo.

Esa mismo día Petita y Emelina se enteraron de lo

acaecido y bajaron precipitadamente a Vicuña para hacer las aclaraciones del caso. Se toparon con una muralla de incomprensión. Petita se empeñaba con firmeza en pedir explicaciones sobre tan insólito proceder. La directora seguía acorazada en su empecinamiento malévolo. Cuando le insistía sobre las cualidades de Lucila, el odio parecía asomar a sus ojos casi apagados. Al final su resentimiento se mostró desnudo:

—Usted está convencida de la rara inteligencia de su hija. Lamento profundamente su error. Esa niña se destaca por su falta de entendimiento, su poca o ninguna comprensión y su desamor al estudio. Nunca podrá usted sacar nada bueno de ella y acaso sirva tan sólo para los quehaceres domésticos.

La madre, ofendida por esas hirientes palabras hasta el fondo del alma, hasta lo más íntimo de su ser, tuvo el valor y la serenidad de hallar la réplica adecuada:

—Será ésa su manera de pensar, señorita, pero mi hija brillará en el mundo mucho más que usted. Ella ha de llegar muy lejos, hasta donde usted jamás podrá alcanzarla.

Allí terminó la entrevista. Este lamentable suceso pesó enormemente sobre el delicado espíritu de Lucila. Por primera vez tropezaba con la incomprensión brutal y la injusticia consciente. Nunca pudo olvidarlo. Refiriéndose a él, muchos años después, llegó a esta conclusión: *Perdonar es un don divino, o es una falta de dignidad.*

Era imposible, después de lo ocurrido, que Lucila siguiera frecuentando la escuela de Vicuña. Ni ese año ni los venideros. Algunas personas de prestigio, consultadas sobre el caso por la madre y la hermana acorrajadas, aconsejaron como medida imperativa un inmediato alejamiento de ese medio hostil. La niña se fue a Diaguitas y repasó con Emelina sus programas escolares.

Al año siguiente, a fuerza de sacrificios económicos

y previendo jornadas llenas de privaciones, Petita se trasladó con Lucila a La Serena y ésta ingresó en la escuela de aplicación anexa a la normal. Allí encontró una maestra comprensiva en Julieta Miranda de Alvarez y los estudios quedaron bien encaminados desde el principio.

Madre e hija pasaron tremendas apreturas. Petita se defendía como leona para poder subsistir. Con sus costuras y la ayuda de Emelina estaba resuelta a lograr que la hija completara sus estudios.

Entonces vino el apoyo de José de la Cruz Barraza. Al casarse con Emelina éste había aceptado como suyas todas las obligaciones de su esposa. Como primera providencia, abrió en La Serena un *despachito* y lo puso en manos de Petita para que ésta atendiera sus necesidades con las ganancias del pequeño negocio. Todo parecía tomar mejor aspecto y el porvenir se presentaba más seguro.

La buena racha tuvo corta duración. Petita carecía de espíritu comercial. A nadie le negaba ayuda, le fiaba al que le llorara un poco y no sabía reclamar el pago de las deudas. El *despacho* empezó a irse en pérdidas.

Barraza resolvió encarar de otro modo la subsistencia de la familia. Instaló un comercio en Coquimbo y todos se trasladaron al puerto, a vivir bajo el mismo techo. La alegría del reencuentro se vio malograda con la muerte de la hijita recién nacida de Emelina, Marta Amelia, ocurrida a comienzos de 1902. La mudanza dejó trunco el año escolar de Lucila.

Al iniciarse las clases, Lucial ingresó en la escuela superior de niñas N° 6 de Coquimbo, instalada en una antigua casona, frente a la cárcel, a una cuadra escasa del mar. La dirigía Amelia Barros de Cavada, mujer de inteligencia aguda y penetrante. No trató en comprender que había algo excepcional en esa niña retraída, tan poco dada a las expansiones de su edad y tan amiga de quedarse en

éxtasis frente a cosas en que las demás niñas ni siquiera reparaban.

—Lucila tenía ojitos de cielo —solía recordar Amelia Barros.

La estada en Coquimbo no alcanzó a durar un año. Antes de que Lucila aprobara su curso la familia se trasladó a la finca de El Molle.

Las empresas de Barraza fueron fracasando una tras otra y los problemas económicos de la familia llegaron a un punto crítico al comenzar el año 1905. Emelina solicitó su reingreso a la docencia. Lucila declaró, entonces, que ella también quería trabajar y compartir responsabilidades con su hermana. Por esos años todavía escaseaban los maestros con título. Bien podía ella conseguir un nombramiento de ayudante en alguna escuelita rural.

Una tía de Emelina se movió activamente en La Serena, logró interesar al inspector escolar, don Valentín Villalobos, y obtuvo una designación para la escuela de La Compañía Baja. La maestra en ciernes no había cumplido los dieciséis años.

El caserío de La Compañía Baja está situado a unos cinco kilómetros de La Serena, muy cerca del mar, en dirección a la punta Teatinos, en las proximidades de los cerros Brillador y Juan Soldado. Lucila se hizo cargo del puesto y resolvió instalarse en la misma aldea en compañía de Petita. Como madre e hija tenían los mismos gustos campesinos ambas se allanaron fácilmente a la vida sencilla del lugarejo.

Llevaban una existencia sumamente retraída. Estaban muy lejos aquellas gratas reuniones de Montegrande, llenas de cordial y humana simpatía. Petita se afanaba en sus quehaceres domésticos y algunas costuras. Lucila atendía sus obligaciones y el tiempo sobrante le era poco para dedicarse a sus libros y cuartillas.

Lucila Godoy tenía clara y dolorosa conciencia de sus escasos estudios regulares y resolvió mejorarlos. La favorecía el hecho de haber aprendido bien todo lo que sabía y sobre esa base fue asentando metódicamente nuevos conocimientos. Los adquiría en sus libros, en la observación de cuanto la rodeaba, en su trato con la gente. Cada día estudiaba y aprendía a la par que enseñaba.

Pese a su dedicación, la joven maestra no tardó en conocer algunos sinsabores. La directora de la escuela era una persona de inteligencia limitada. Alguien que la conoció muy bien llegó a calificarla de *verdadero topo*. De modales torpes, obtusa de entendimiento y corta de alcances, mal podía la tal directora congeniar con su ayudante, rápida de comprensión, penetrante en sus juicios, clara en su incipiente visión del mundo. Hubo algunos choques y las relaciones no tardaron en alcanzar extrema tirantez. La mujer creyó ingenuamente que el principio de autoridad bastaría para tener a raya a esa chiquilla altanera, pero se equivocó. Lucila jamás le discutió sus atribuciones reglamentarias. Se ciñó a ellas y cumplió al pie de la letra sus obligaciones. Pero con una envidiable firmeza de carácter le impidió inmiscuirse en sus asuntos privados, en sus opiniones, en las manifestaciones de su personalidad que ya surgía con fuerza y relieve poco comunes.

La jornada de trabajo de Lucila Godoy era sumamente recargada. A más de la enseñanza escolar, que le tomaba horas de la mañana y de la tarde, dictaba clases nocturnas para obreros. Sus pocos momentos libres tenían que ser aprovechados al máximo.

Diariamente la joven llenaba cuartillas y de vez en cuando enviaba alguno de sus escritos a los diarios de La Serena o de Coquimbo. Sus versos nunca pasaban inadvertidos. Algunas viejas se escandalizaron.

En aquellos comienzos de siglo una mujer que escri-

bía despertaba recelos. No entraba en el orden normal de las cosas que una humilde maestra rural tomara a su cargo los menesteres masculinos del pensamiento. No eran solamente las beatas de La Serena las que se santiguaban y ofuscaban. No faltaron hombres que se creyeron menoscabados en sus fueros. En diciembre de 1905 un tal Abel Modac —se trataba de un seudónimo— dio cuerpo al resentimiento que levantaban sus escritos en un artículo despiadado contra la joven escritora.

Hay cierta crítica destructiva que hiere por su maldad y ésta era de esa clase. Fue un momento amargo para Lucila porque el descubrimiento de la ruindad siempre hiere. No se desalentó, empero, y poco después lanzó un desafío en esta declaración:

Soy modesta basta la humildad y altiva basta el orgullo. Me enorgullece el inspirar ataque y odios; el inspirar desprecio me apenaría.

No faltaron personas de gran valor intelectual que entrevieron la garra potente asomar en esas rimas juveniles. Se dejaron oír ciertos juicios favorables y se fueron acercando algunos simpatizantes.

Todo contribuía a dar a la joven cierto relieve. Todo en ella era un incentivo que despertaba el interés. Hasta la casita singular pintada de azul, verdadero palomar junto a los añosos olivos, alhajada por su ocupante en forma personalísima dentro de los escasos recursos de que disponía.

A pesar de la juventud de Lucila todos sentían la reciedumbre de su personalidad. Su conversación buscaba siempre los temas profundos y jamás se detenía en el comentario baladí. Despreciaba las convenciones. Así como aceptaba incondicionalmente las grandes leyes de la ética, no tenía reparos en llevarse por delante los prejuicios tontos y estériles. Ya en aquel tiempo le gustaba fumar. Esa vieja costumbre criolla, que hoy ha entrada en nuestros

hábitos cotidianos, era entonces motivo de asombro y hasta de repulsa. Lucila había tomado la firme resolución de hacer caso omiso de las opiniones que no le interesaban. Sólo aspiraba a vivir de acuerdo con su propia conciencia.

El elquino David Rojas González —que más tarde llegó a ser juez en La Serena— contaba que los estudiantes de humanidades de aquella época sentían gran curiosidad por esa muchacha retraída, seria, sin asomo de coquetería, que escribía versos que no a todos gustaban. El solía visitarla en compañía de otro joven elquino, Alamiro Miranda, un poeta que murió prematuramente. Por esos días le dedicó a Lucila una composición titulada *Violetita azul*.

Progresivamente Lucila Godoy Alcayaga se iba abriendo paso hacia el mundo de la cultura. Muchas veces equivocó la senda, pero sabía enmendar los yerros y volver a la buena ruta. Y eso lo hacía intuitivamente. Carecía entonces de mentores eficientes en el terreno literario. Tenía más libros a su alcance que en El Molle, pero no siempre sabía seleccionarlos. No podía ir más allá del ambiente cultural que la ceñía y todavía se hallaba bajo la influencia del gusto imperante de la época.

Sus lecturas abarcaban autores de valor muy desigual: Pérez Escrich, Víctor Hugo, Vargas Vila. En 1907 afirmaba en carta dirigida a Carlos Soto Ayala. *Hace tres años que publico artículos y hace dos que he descubierto el Arte por intermedio de Vargas Vila. Admiración fanática. Culto ciego, inmenso como todas mis pasiones...*

Esa ingenua declaración de una muchacha campesina de dieciocho años fue irónicamente comentada, andando el tiempo, por algunos críticos que no podían comprender lo que ellos calificaban de "desliz cultural imperdonable". Ese pobre Vargas Vila, autor casi completamente olvidado, nada dejó en el espíritu de Lucila Godoy, para nada influyó en su poesía. Con el correr de los años, lo juzgó

como correspondía, *lo azotó*, como cuenta Andrés Iduarte.

Soto Ayala conoció personalmente a Lucila en esa época de tanteos y exploraciones. Le dejó la impresión de una muchacha sencilla y modesta. En sus escritos sólo se preocupaba por la verdad y la belleza, sin aspirar a la gloria literaria. La calificó de Lamartine femenino, de Becquer con alma de mujer y juzgó que su obra poética merecía ser incluida en su *Literatura coquimbana*.

Tú sabes que no voy por la vida mendigando aplausos, afirmaba la joven elquina en una de sus prosas. No escribía buscando lucimiento sino para arrancarse *un girón de sombra, para ensanchar el pecho*. Otras eran sus ambiciones, bien definidas y con rumbo preciso. En toda forma había procurado llenar las lagunas de sus conocimientos y un incesante afán de superación la hacía intensificar sus estudios día a día. Pero tenía clara conciencia de las enormes dificultades que ofrecía la empresa de ser su propia maestra y en lo íntimo de su pecho abrigaba el secreto anhelo de seguir cursos regulares que le permitieran obtener un título. Pretendía hacer carrera en el magisterio y no quería verse pospuesta y mirada en menos.

Por ese tiempo Lucila Godoy visitaba con cierta regularidad a su abuela paterna, Isabel Villanueva de Godoy, que residía en La Serena. Las conversaciones de la anciana, sumamente devota, la indujeron a leer la Biblia. Nunca más abandonó ese libro y su lectura influyó de manera positiva sobre su formación.

El destino pareció sonreírle a Lucila Godoy Alcajaga en 1907. Algunos caballeros calificados de La Serena, entre los que se contaban Bernardo Ossandón, Juan Guillermo Zabala y David Aguirre, se interesaron por esa joven maestra de clara inteligencia e indiscutible personalidad. Juzgaron un error imperdonable dejarla vegetar en La

Compañía Baja y, considerando que necesitaba un campo más amplio de acción para el desarrollo de sus dotes naturales, buscaron el modo de traerla a la ciudad con un puesto mejor retribuido que le dejara cierto tiempo para sus tareas personales. Lograron obtener para ella el cargo de secretaria del Liceo de Niñas.

Fue como si una puerta se hubiera abierto de par en par ante el porvenir. Era lógico forjarse ilusiones acerca de la inesperada situación. Madre e hija se trasladaron a La Serena y comenzaron a ordenar su existencia de acuerdo con las nuevas circunstancias.

La directora del Liceo de Niñas, Ana Krusche, era alemana. El orden más estricto reinaba en el establecimiento y todo parecía marchar como sobre ruedas. El nombramiento de esa secretaria, que no traía más títulos que juventud e inteligencia, tuvo que provocar desconfianza y no poca irritación. Todas las convicciones académicas de la profesora germánica se sublevaban contra esa intrusa. No obstante, supo disimular sus sentimientos y todo pareció marchar bien al principio. Lucila era empeñosa, estricta en el horario, atendida a sus obligaciones. El año escolar terminó sin contratiempos.

Las desavenencias comenzaron en febrero de 1908. La señorita Krusche pretendía que su Liceo se mantuviera dentro de cierta categoría social. Había dado órdenes terminantes al respecto con motivo de la inscripción de alumnas. De palabra, naturalmente. Esas cosas no se escriben. Lucila no las acató. Se atuvo al reglamento en vigencia. Hubo una agria discusión entre la superiora alemana y la altiva secretaria elquina. Los puntos de vista eran diametralmente opuestos. Lucila Godoy creía en la escuela del pueblo, la escuela democrática, acogedora de cuantos quieran aprender. Esa había sido la escuelita de Montegrande en manos de Emelina y ésta había sido la escuela de La

Compañía Baja, donde ella había puesto algo de su espíritu.

Las relaciones quedaron tensas. La directora aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para hostilizar a su secretaria. Dejaba caer el peso de su autoridad jerárquica sobre su condición de subalterna. Le llamaba la atención sobre el estilo de sus notas y llegó a declararle, sin embages, que no sabía redactar. Bastaron pocos días para que la situación se tornara insostenible. Lucila no carecía de paciencia, pero no aguantaba la injusticia y la arbitrariedad. Luego de algunas escenas borrascosas la joven optó por renunciar a cargo tan oneroso.

En vano acudieron sus protectores y trataron de llegar a una componenda. Lucila se mantuvo inflexible. Podían calmarse las iras de la directora, su espíritu no se iba a modificar. Quedarse significaba vegetar a la sombra de esa alma desecada.

Lucila Godoy no se detuvo en amargas reflexiones sobre ese triste episodio. Ya que se abría un paréntesis en su vida, apoyada por la madre y la hermana, decidió llevar a cabo su proyecto de cursar estudios en la escuela normal para obtener el título de maestra. Rápidamente se iniciaron los trámites para el ingreso. Todas las gestiones parecían bien encaminadas y las tres mujeres estaban esperando el llamado que debía producirse de un momento a otro cuando se le cruzó a Lucila un capellán lleno de dobleces, el canónigo Munizaga, que encarnaba el sentir de la más torpe beatería. Su palabra insidiosa convenció a la directora, una yanqui, y a la vicedirectora, Teresa Figueroa de Guerra, para que no se aceptara ese pedido de admisión. La escuela normal no podía incorporar a su alumnado a una joven que sentía admiración pagana por la naturaleza. La solicitud fue rechazada.

La altivez moral de Lucila Godoy recibió un rudo golpe. Esa doble repulsa representaba una ofensa hecha a

su dignidad, un agravio inferido a su vida joven, llena de nobleza. Por eso alguna vez escribió:

Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aun me turba, la protesta que sube de mí cuando me hieren.

A la espera de su reincorporación al magisterio, Lucila se trasladó con Petita a la casa de Emelina, en Altovalsol. Allí hizo vida campesina, recorrió los cerros de los alrededores y leyó no pocos libros. Templó de nuevo su espíritu para la lucha. Fueron días felices. Se cumplía el anhelo expresado en uno de sus escritos: *Tal vez vuelvan las noches del pasado a vibrar con su música de calma y ventura sobre la trinidad de nuestras vidas...*

El 11 de abril de 1908 se hizo cargo de la dirección de la escuela de La Cantera, un villorrio situado al sur de La Serena, a poca distancia de Coquimbo, sobre las primeras elevaciones que dominan el mar. Algunos arreglos someros tornaron habitables los viejos adobes y la nueva maestra comenzó a impartir su enseñanza cotidiana.

El caserío era humilde y silencioso. El mar estaba cerca, no más de unas diez cuadras que se iban en pendiente desde la altura cerril. Sin alejarse de su casa, Lucila podía contemplar toda la bahía: los ásperos peñascos coquimbanos, la extensa playa, las casas de La Serena, las rocas de Teatinos, el cerro Grande, el Juan Soldado. Si volvía la mirada era para tropezar con las serranías cada vez más elevadas que enderezan hacia la cordillera. Por delante de su puerta se alargaba el camino que iba hacia Andacollo, hacia Ovalle. Camino y mar. La ruta se perdía en una curva y parecía pedirle que la siguiera. El mar hablaba de lejanías a su espíritu andariego.

Durante su breve paso por el Liceo de Niñas, Lucila había conocido a una profesora inteligente y culta que le brindó amistad. Se llamaba Fidelia Valdés Pereira. El alejamiento de Lucila de la secretaria, lejos de interrumpir

las relaciones, las vino a fortificar. De ellas surgieron ciertas orientaciones que iban a influir sobre el porvenir de la joven maestra.

Fidelia Valdés supo medir con ojo experto las condiciones intelectuales de su amiga. Comprendió su desamparo, sus anhelos frustrados, las limitaciones de su saber escolar. Sus directivas encaminaron los estudios de Lucila por terreno más seguro, le prestó libros de texto, la guió en sus lecturas. Cuando fracasó el pedido de ingreso en la escuela normal, la profesora dio el consejo decisivo. Era necesario que Lucila se presentara a examen de competencia en Santiago para obtener un título supletorio. Ese consejo, aceptado de inmediato, le iba a abrir nuevos horizontes a la joven elquina. Ese título supletorio la iba a sacar de las escuelitas rurales, marcando nuevos rumbos en su vida.

A principios de 1909 Lucila aceptó un traslado a Cerrillos, primera estación sobre el ferrocarril de Coquimbo a Ovalle, no lejos de Pan de Azúcar. Hay gran amplitud de valle en ese lugar y casi podría encontrarse justificación para el uso que allí se hace de la palabra *llano*. El nuevo cargo implicaba una mejora. El local de la escuela era cómodo y Coquimbo estaba a un paso. Finalizadas sus tareas diarias, la maestra se dedicaba al estudio con extremo rigor.

Cuando más sumida estaba Lucila Godoy Alcaiyaga en ese trabajo intenso y absorbente, se produjo la tragedia del suicidio de Romelio Ureta, en noviembre de 1909.

Los acontecimientos de su vida se precipitaron. A comienzos de 1910 le llegó la hora de marchar a Santiago para someterse a examen. Se embarcó en el puerto de Coquimbo rumbo a Valparaíso. Todavía las comunicaciones con el sur se realizaban por vía marítima. Era la primera vez que se alejaba de los suyos. Ya nunca más vol-

vería a ejercer la docencia en tierras coquimbanas.

La directora de la Escuela Normal N° 1, Brígida Walker, mujer muy comprensiva, presidió las pruebas de competencia. Lucila Godoy obtuvo notas sobresalientes y eso le valió un destino inmediato en una escuela de Barrancas, lugar muy próximo a Santiago. Desempeñó el cargo durante breve tiempo. Fidelia Valdés, designada directora del Liceo de Niñas de Traiguén, le consiguió un nombramiento de profesora en el mismo establecimiento. Eso significaba su ingreso en la enseñanza secundaria. Del lejano Malleco, frío y lluvioso, Lucila pasó a Antofagasta, árida y soleada. Y luego a Los Andes.

La maestra elquina se sintió revivir al reencontrarse con los cerros cordilleranos, esos cerros que le recordaban a los de Montegrande que ella decía conocer uno por uno. La familia se reunió otra vez más. Instalada en una quinta de las afueras, en compañía de Petita, Emelina y Graciela, le parecía que retornaban los días de antaño.

Lucila Godoy llegó en Los Andes a la plenitud de su vocación docente y su estilo adquirió ese sello peculiar que iba a caracterizar todos sus escritos, tanto en verso como en prosa. Allí dio forma definitiva a la *Oración de la maestra* y a gran parte de los poemas que luego integraron *Desolación*.

Voz pedagógica sacerdotal, han dicho de ella. No hay palabra que sobre en la *Oración de la maestra*. En ella está sintetizada la profesión de fe de quien se dedica a la enseñanza:

“Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes... No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que amé... Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es *carne de mis carnes*... Pon en mi

escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos... Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezuquinos dolores de cada hora... Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos...

Sus amistades eran escasas. No le agradaba la charla inútil, siempre estéril. Cuando salía, en sus horas libres, era para ir hacia los campos, hacia los viñedos, hacia los cerros.

Sin embargo, a pesar de su retraimiento, recibió el influjo de dos hombres de carácter muy opuesto. Uno de ellos había muerto un año antes de que ella naciera, pero había dejado sus huellas por esos lugares. El otro cultivaba sus viñas por los alrededores. Ambos coincidían en su afán de educar al pueblo.

Cerca de Los Andes, en un lugarejo llamado Pocuro, se levanta la casita de adobes, pintada de blanco, con techo de teja española, donde vivió Domingo Faustino Sarmiento cuando fue maestro en ocasión de su primer destierro en Chile. Se halla frente a una calle polvorienta, bordeada de álamos. Lucila se interesó por la vida de ese hombre rudo, batallador, que había logrado vencer tantos obstáculos y tanto había hecho por la educación de la infancia americana. Lleyó muchas de sus páginas y la enseñanza popular se convirtió en artículo de fe para ella.

En ese mismo lugar, en Pocuro, vivía por ese tiempo un hombrecito moreno, feucho, sencillo de modales, con un gran corazón en el pecho. Se llamaba Pedro Aguirre Cerda. Años después, al verse en la obligación de citar sus títulos, los enumeraba de esta manera: en primer término profesor, después abogado y luego, como quien no puede hacer menos que confesarlo, presidente de la república.

Don Pedro y su esposa sentían gran afecto por esa joven profesora —aun no había cumplido veinticinco años—

tan llena de saber, tan personal en sus decisiones, tan profunda en sus pensamientos. En todo momento trataron de hacerle llevadera la vida del lugar, sin importunarla jamás. Sabían que un trabajo creador se realizaba a diario en esa mente serena dedicada a la enseñanza.

Después del triunfo en los juegos florales de 1914, Lucila vivió todavía cuatro años en Los Andes, sin ocurrírsele reunir sus poemas en un libro, sin intentar, siquiera, medrar a expensas de su renombre. Fue don Pedro Aguirre Cerda el que interpuso su influencia, en 1918, para que las autoridades escolares reconocieran los altos méritos de la profesora laureada. La nombraron directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas.

Cuando Lucila Godoy Alcayaga recordaba a esa lejana ciudad, la llamaba *la sonrisa de mi vida*. Despertaron su amor esas tierras magallánicas que luchan contra el frío, inclementes a veces, generosas a ratos, duras casi siempre. Muchos poemas le fueron inspirados por ese paisaje desolado y sombrío. El título de su primer libro, *Desolación*, viene de allí.

Ya no era sólo una muestra chilena. Se estaba convirtiendo en *la maestra americana*. Le llovían cartas, le solicitaban colaboraciones de los puntos más remotos, sus canciones de cuna y sus rondas se difundían en todas las escuelas del continente.

En 1920 pasó a la dirección del Liceo de Niñas de Temuco, en plena Araucanía. De allí fue trasladada a Santiago, confiándosele el Liceo Teresa Prats de Sarratea.

Alrededor de esa designación se suscitó una ingrata polémica. No faltaron espíritus mezquinos que se creyeran postergados y pretendieran discutir los derechos de Lucila Godoy para ocupar un cargo directivo en la capital dado que carecía de título habilitante. Se renovó el acíbar de las frustraciones juveniles. Una circunstancia inesperada

cortó por lo sano esa tonta discusión. La maestra escritora fue invitada por el gobierno de México para que colaborara en la reforma educativa iniciada por el ministro José Vasconcelos. Partió en junio de 1922.

En ese mismo año el Instituto de las Españas, de los Estados Unidos, tomó a su cargo la edición de sus poemas. Estos fueron reunidos en un volumen destinado a alcanzar renombre americano: *Desolación*.

Desde entonces la figura de Lucila Godoy Alcayaga, transformada en Gabriela Mistral, se agiganta, se convierte en el símbolo vivo de la escuela popular. Sin haber teorizado nunca, sin haber escrito tratados pedagógicos, se la considera una figura cumbre en el campo de la educación.

Nunca dejó de ser una autodidacta, una auténtica autodidacta. Le quedó el afán del estudio constante y no cesaba de recomendarlo a su alrededor. En 1925 me decía en la primera carta que me escribió: *Lea mucho, mi Marta, estudie mucho, no se canse de adquirir cultura, pero mantenga la frescura del espíritu gracias a la cual se crea. Manténgase, como los buenos artesanos, insatisfecha de sí misma siempre, para que trabaje hasta en la vejez, mejorándose. Y muchos años después, desde Niza, me insistía: Yo le vuelvo a encargar que trabaje su francés. Y para obligarla, le digo que yo trabajo mi inglés y repaso mi italiano...*

Gabriela se preocupaba por la historia, la geografía y la literatura de cuanto país le tocó visitar. Y su preocupación llegaba al máximo cuando se trataba de América. *Tenia América metida en el alma*, afirma Luis Oyarzún. Y Alfonso Reyes declaraba categóricamente que la mejor interpretación de la revolución mexicana era el *Recado a Lolita Arriaga*.

Gabriela Mistral nunca vivió recluida en torre de marfil. Luchó por los derechos del niño, por los de la mujer y, en los últimos años, hizo oír su voz por la paz,

que ella calificó de palabra maldita ante los ojos de los que se empeñan en destruir el mundo con sus monstruosos ensayos atómicos. Era grande su sensibilidad ante la injusticia social. En carta escrita en 1939, refiriéndose a su visita a Chile y otros países americanos, me decía: *Tanta miseria ví allá que me duele la carne de acordarme. Dan ganas de llorar. El resto del Pacífico es aun peor, es una llaga, Marta. Hambre, mugre y dictadura.*

“Tenía Gabriela, y lo tuvo hasta el último instante, un cuerpo proletario y un señorito aristocrático”, ha declarado Germán Arciniegas. Y Gonzalo Zaldumbide exclamaba al encontrarse con ella en el Ecuador: “Esta admirable mujer es uno de los ejemplares humanos más hermosos de ver por dentro...”

Gabriela Mistral murió el 10 de enero de 1957 en el Hospital General de Hampstead, Long Island. Sus funerales se realizaron en Santiago el día 21 de ese mismo mes. El país entero paralizó sus actividades en señal de duelo.

Fue velada en la Universidad de Chile. Los sones de la marcha fúnebre de la *Heroica* acompañaron el cortejo. El féretro cruzó el puente, camino del cementerio, sobre una espesa alfombra de flores que habían arrojado los floristas de la pérgola del Mapocho.

Sus restos fueron trasladados a Montegrande tres años después. Allá descansan, como ella lo había deseado:

*En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo o azafrán...*

**GABRIELA MISTRAL
Y EL LITORAL ARGENTINO**

El valle de Elqui, donde nació y se crió Gabriela Mistral, mantuvo, desde la época de la colonia, estrechas relaciones con la región argentina limítrofe, la zona de Jachal en la provincia de San Juan. En esos tiempos felices no se necesitaba ni ferrocarril ni carretera ni política de buena vecindad para hacer efectiva la confraternización de los pueblos. Las idas y venidas se sucedían entre una y otra *banda* en cuanto bajaba la nieve de la cordillera. Eran muchas las familias de allende y aquende los Andes que se habían entrelazado. Siempre hubo matrimonios entre gente de acá y acullá, fortificándose así los lazos de hermandad y multiplicándose el tráfico por los pasos cordilleranos. Lo mismo ocurría a la altura de Copiapó o de Huasco. Gabriela Mistral recordaba complacida que tenía un abuelo argentino.

En Vicuña oí muchas veces el relato del casamiento de la Chepa Rojas, niña elquina, con Pedro Fonseca, joven argentino de Iglesia. Los acontecimientos tuvieron lugar hacia mediados del siglo pasado, pero la tradición familiar conservó vivo su recuerdo. La fecha de la boda había sido fijada para setiembre. Pero aquel invierno fue largo,

demasiado largo. El deshielo demoraba, los fríos atrasados multiplicaban las ocupaciones y preocupaciones de los propietarios andinos. Pedro Fonseca no podía moverse de su finca, pero no renunciaba a casarse. Tomó sus providencias para que la ceremonia se realizara por poder. En cuanto se abrió la cordillera se puso en marcha la novia escoltada por numerosa comitiva. No quedó miembro de la familia, capaz de cabalgar, que no la acompañara en su viaje a través de los cerros andinos. El mismo día salió Pedro Fonseca de Iglesia en busca de su esposa. La cabalgata nupcial remontó el valle de Elqui, tomó por el cajón del río Turbio y enderezó hacia el paso de Agua Negra. En esas inmediaciones, a una altura de casi 4.000 metros, se encontraron elquinos y cuyanos y la joven desposada fue solemnemente entregada a su marido.

En 1910, año del centenario de la revolución contra el poder hispánico, Emelina Molina de Barraza era directora de la escuela de Altovalsol, lugar rodeado de fundos y fincas menores, a un paso de La Serena. La culminación de las obras del ferrocarril Trasandino había tenido honda repercusión afectiva, tanto en Chile como en la Argentina, dando motivo a numerosos actos de confraternidad. Emelina resolvió conmemorar en forma muy especial la fecha del 25 de mayo. Comenzó a reunir material adecuado con ayuda de sus maestras. Como ella quedía disponer de algo expresamente relacionado con los acontecimientos, resolvió pedir la colaboración de su hermana Lucila. Esta acababa de obtener su título supletorio y estaba dictando clases en Barrancas, no lejos de Santiago. Casi a vuelta de correo la joven remitió a su hermana mayor unos versos alusivos al hecho que ella quería destacar. Secundada por su personal, Emelina preparó el acto celebratorio que recibió la entusiasta aprobación del vecindario. En el fondo del escenario improvisado aparecía un cuadro alegórico con las

banderas entrelazadas. Los versos fueron cantados al compás de una mazurca. Los varones tomaron la parte de Chile y las niñas la de la Argentina.

La misma Emelina se solazó remontándose al pasado y describiéndome su fiesta. Ayudada por una de las maestras de aquel tiempo, hizo memoria y logró recordar cuatro estrofas de aquella composición:

Argentina: *Ya no existe ni el Ande
que antes nos separó;
el riel une las tierras,
las almas, el amor.*

Chile: *En vano han intentado
nuestros lazos romper;
tras un lapso de encono
más hondo es el querer.*

Argentina: *Tú eres el grande y noble
padre de Freire y Prat,
de Lillo, de Carrera
y de Caupolicán.*

Chile: *Tú eres la noble hermana,
patria de San Martín;
la historia a sus bazañas
no les encuentra fin.*

Tardé en conocer personalmente a Gabriela Mistral. Habíamos nacido en el mismo pueblo, Vicuña, en pleno valle de Elqui, pero mi vida entera había transcurrido en Santa Fe. Mi madre, sí, la conocía desde pequeña, desde que era una niña de escaso año y medio, en brazos de Emelina Molina, la hermana mayor. Los azares de la vida llevaron a mi madre muy lejos de su valle, lejos del mar y de la cordillera. Los cambió por la llanura y el río Para-

ná. En uno de sus viajes a tierras coquimbanas alguien le comentó:

—Has de saber que la hija menor de Petita Alcayaga está resultando una gran escritora.

La misma Petita le habló una vez de "su Lucila", llena de orgullosa satisfacción.

Eso era por 1917, cuando ya Lucila Godoy Alcayaga había decidido eclipsarse ante Gabriela Mistral. Ella era entonces profesora en el liceo de niñas de Los Andes. Al año siguiente la trasladaron a Punta Arenas ascendida a directora.

Por ese tiempo se la empezó a conocer en la Argentina a través de la revista *Atlántida*, recién fundada por Constancio Vigil. Muchos de los poemas incluidos luego en *Desolación* aparecieron en sus páginas.

En 1922 Gabriela partió para México. Una carta de Emelina consignaba la dirección y mi madre no pudo resistir a la tentación de escribirle unas líneas. La escritora contestó inmediatamente. Al final de la misiva alcanzó a trazar la G de Gabriela, pero la tachó para firmar Lucila.

Mi fina amiga —comenzaba— recuerdo perfectamente su nombre como el de una am'ga querida por mi mamá y mi hermana. Luego añadía modestamente: Le agradezco sus elogios generosos para mis versos. Terminaba con estas palabras: Me es grato decirle a usted mi gratitud por las bondades que don Gregorio, su padre, y usted misma tuvieron para mi familia. Soy más que poeta, mujer agradecida y cariñosa hacia los buenos.

En enero de 1925 mi madre tuvo que trasladarse a Chile con motivo de la muerte de mi abuelo. Decidió hacer el viaje por el estrecho de Magallanes y para eso debía llegar hasta Montevideo y embarcarse en el "Oropesa". Al arribar a la capital uruguaya, supo que Gabriela Mistral venía de Europa en ese mismo barco —ya anclado en el

puerto— rumbo a su patria. La intelectualidad montevideana estaba cumpliendo con ella, en esos momentos, un largo programa de festejos. Mi madre tomó un taxi inmediatamente y recorrió toda la ciudad en busca de la escritora, hasta que la encontró. Nadie gana al elquino en lo porfiado. El chofer que la conducía, al despedirse de ella, admirando su obstinación, le dedicó un libro de poesías de Emilio Frugoni.

Acompañaba a Gabriela Mistral a bordo del "Oropesa" la escultora Laura Rodig, una de sus más eficientes colaboradoras en la tarea educativa realizada en México. También viajaba una yanqui, miss Murray, "la niña fea", quien le regaló a mi madre un ejemplar de la Biblia. Más tarde Gabriela lo hizo encuadernar.

Mi madre fue testigo presencial del triunfal recibimiento que su tierra tributó a la gran escritora, todavía, puede decirse, en los albores de su carrera literaria. En Punta Arenas fue una verdadera apoteosis. En Coronel la escritora María Rosa González, joven principiante en esa época, estaba tan absorta frente a Gabriela que se olvidó de la hora y el barco la llevó hasta Talcahuano. En Valparaíso acudió una multitud a rendir homenaje a la mujer excepcional que el destino había brindado a Chile. Y lo mismo ocurrió en Santiago, en Coquimbo, en La Serena.

—La gente del pueblo considera a Gabriela Mistral como algo que le pertenece. Todos se creen con derecho a detenerla en la calle cuando la encuentran, para abrazarla, para estrechar sus manos, como si el rápido contacto con ella les infundiera mágico vigor —nos contaba mi madre.

La personalidad de mi madre despertó en Gabriela un cariño muy grande. Su compañía, durante los quince días de navegación en el "Oropesa", le fue reconfortante. *Que Dios me la guarde por todo lo que hizo por mí*, le dice en una carta dirigida a La Serena. Y en otra: *La pienso y la*

recuerdo como a un ser muy puro y totalmente bueno. Querria que usted fuese mi pariente, una cosa mía que yo tuviese siempre a mi lado. El recuerdo más lindo y el más tierno también, me quedó de usted. Y en página que me dirigió desde La Serena, en ese año 1925, me habla de ella, mi noble amiga, a quien quiero con cariño definitivo, que parece viejo de pura solidez, y añade: le envidio a su madre, que es de una calidad superior de alma, que eleva los que la rodean. Dios ha hecho a ustedes un regalo muy grande con semejante mujer por madre, y yo deseo que se las guarde cien años. . . Rica de bondad, con un universo de ternura para sus hijos, activa, llena de espíritu de sacrificio: es una maravilla.

Contestando a un mensaje que yo le dirigí en febrero de 1938, en oportunidad de su llegada a la Argentina, me pide: *Dígame "cosas" de su santa madre, mi amiga querida. Yo espero verla.*

Gabriela Mistral arribó a Santa Fe en los últimos días de marzo de 1938, invitada por la Universidad Nacional del Litoral. Era la primera vez que visitaba el litoral argentino. Había cruzado rápidamente nuestro país unos doce años atrás, en 1926, de paso para Europa, permaneciendo unos días en Buenos Aires. Ahora su estada iba a ser más larga. Estaba realizando un viaje continental y, en cierto modo, desempeñaba el papel de embajadora cultural de Chile. Desde Buenos Aires ya se había trasladado a Mar del Plata, como huésped de Victoria Ocampo, trabando conocimiento con nuestra costa atlántica.

Viajaba con la escritora, haciendo las veces de secretaria, su amiga Consuelo Saleva, Connie, portorriqueña educada en los Estados Unidos donde actuaba como profesora. En esos momentos estaba gozando de los beneficios de la licencia del año sabático. Gabriela había sido huésped suya en Puerto Rico, *isla de amaneceres / de mi*

gozada, isla en caña y cafés / apasionada. Uno de los poemas de "Tala" le está dedicado, el que se titula *La flor del aire* y lleva como aclaración *Mi aventura con la poesía*.

Consuelo atendía la parte práctica del viaje, ya que Gabriela se despreocupaba en absoluto de todos los aspectos materiales de la vida. Siempre había sido así, por lo demás, y siempre había encontrado alguna amiga generosa que le ahorrara el contacto con los menesteres ajenos a la poesía. Jamás llevaba dinero encima y no sabía de cobros ni de pagos. Si en alguna vidriera divisaba un libro que le interesaba, entraba a pedirlo inmediatamente. ¡*Paga tú, Connie!* exclamaba y ni siquiera averiguaba el precio. Cuando debía embarcarse para alguna parte, ella no se inquietaba por el medio de transporte ni por el horario ni por las maletas. Connie optaba por reírse.

—Así es Gabriela —nos decía—. Viaja solamente con sus manitas. Lo demás la tiene sin cuidado. Está acostumbrada a que los otros se preocupen de todo lo que la atañe.

Consuelo Saleva demostró ser una mujer de positivos méritos, de gran corazón y fina sensibilidad. Luego de cumplir funciones en la embajada de los Estados Unidos en el Brasil, regresó a Puerto Rico en cuya Universidad desempeña actualmente un importante cargo. Ha estado siempre junto a las grandes figuras que han pasado por su isla natal. Fue gran amiga de Cenobia Camprubí y Juan Ramón Giménez.

Gabriela Mistral dio en Santa Fe una lectura comentada de sus poesías en el antiguo salón de actos de la Facultad de Ingeniería Química. Todavía andaban albañiles y pintores dando los últimos toques al edificio de la Universidad y el paraninfo no estaba habilitado. Fue realmente de lamentar esa circunstancia porque la sala de conferencias elegida, bastante amplia en circunstancias normales, se vio absolutamente colmada, no cesando de agol-

parse público en los corredores adyacentes. Al final, fue mayor el número de los que no pudieron entrar. El vestíbulo de la planta baja estaba repleto de gente y en cada peldaño de la escalera, haciendo equilibrios y sosteniéndose mutuamente, se apiñaban hombres, mujeres y niños que no habían logrado avanzar hasta el recinto. Algo llamaba la atención en ese público y era que los concurrentes pertenecían a todas las clases sociales. Intelectuales y profesionales se codeaban con hombres de trabajo y modestas amas de casa.

Seguida de su comitiva, Gabriela Mistral se abrió paso penosamente por entre la multitud. La ascensión por esa escalera abarrotada duró largo tiempo. En cada escalón la detenían, la sujetaban. Los hombres querían estrecharle la mano, las mujeres besarla o presentarle a sus hijos. De todos los labios brotaban frases cariñosas. Los que no podían arrimarse pedían una mirada, una sonrisa. La paciencia de Gabriela era inagotable. Contestaba a todos, con los labios o con los ojos, iba entregando sus manos al pasar a todas esas manos desconocidas que se le ofrecían, prodigaba caricias a cuanto niño le presentaban. Porque no hubo madre que no acudiera con sus criaturas. Todas estaban convencidas de que ese breve contacto con la autora de las *Canciones de cuna* iba a ser para sus hijos como una bendición que los preservara de los males de esta vida.

Impresionaba la heterogeneidad de la enorme concurrencia. Los habituales asistentes a los actos culturales de aquella época estaban sumergidos en medio de una masa de gente que, en realidad, poco se interesaba por las letras, pero había sufrido el inmenso ascendiente que fluía de la persona y el verso de Gabriela Mistral. Es que la potencialidad humana de la escritora era enorme. De ella emanaba una fuerza vital contagiosa y benéfica. Era la americana auténtica, amasada con barro de cordillera.

Esos días santafesinos fueron de incesante trajín para la gran escritora. Tuvo que aceptar agasajos, retribuir atenciones oficiales y hasta escuchar la lectura de muchos poemas inéditos. Su complacencia no tenía límites. Acogía amablemente a los más insólitos visitantes y prodigaba autógrafos sobre libros, álbumes y fotografías. Las fotografías y los álbumes eran firmados sin comentario alguno. Los libros, en cambio, eran cuidadosamente examinados y cuando descubría una edición clandestina, levantaba la vista sobre el solicitante, le sonreía bondadosamente y le declaraba sin embages: *Este es un libro robado*. Volvía a sonreír y sin ninguna otra objeción estampaba la dedicatoria pedida.

La visita a Santa Fe hizo muy feliz a Gabriela. El encuentro con mi madre, su coterránea, la llenó de alegría. Fue un pregusto de su tierra natal. Hay que conocer a fondo el valle de Elqui en todas sus peculiaridades, en su desenfrenado amor propio lugareño, en su profundo orgullo localista, para darse cuenta cabal de lo que puede significar ese encuentro a más de mil kilómetros del terruño. Desde entonces, para Gabriela, mi madre fue el *Vallecto*. Ya no la llamó de otro modo.

Sentadas lado a lado, con el mate en la mano, las dos elquinas se contaban el valle una a otra, rememorando viejas tradiciones, viejos dichos, viejas hazañas de aquella gente montañesa. De vez en cuando se secreteaban y se reían con una risa que tenía ecos de infancia. Fue recordada la historia de aquel famoso glotón de don Julián Aguirre que una vez se comió veinticinco empanadas, una tras otra, y la de doña Josefa Ossandon que se casó cinco veces. Y la de los tesoros del *Doña Ana* y la del *tapado* de la piedra de Musuco.

Desfilaban los higuerales, los viñedos, los huertos en pendiente, los burritos sufridos de los arrieros, las quebra-

das pedregosas, las acequias cantarinas... Era como si todos los rojos y azafranes de los cerros de Elqui hubieran invadido nuestra casa. Gabriela Mistral volvía a ser Lucila, la chicuela de trenzas y bata de percal que perseguía tordos entre las viñas de Montegrande, Lucila, la que correteaba por entre los árboles del fundo de don Adolfo Iribarren. Lucila, la *que hablaba a río, a montaña y cañaveral*...

Después de la partida de Gabriela fueron llegando sus cartas. Todas ellas contenían mensajes para mi madre.

Desde Mar del Plata:

A mi Vallecito le escribo después. Me duele haber andado en el último día distante de ella por la gente que siempre separa. En verdad, yo hubiera querido andar con el Vallecito de la mano.

Desde Niza:

Al Vallecito lo estoy viendo: la quiero mucho. Sea ella ahora mi madre Petita, me ame y vele por mí desde lejos.

Cuando mi madre murió, en 1939, Gabriela nos mandó sus palabras de consuelo:

Marta buena, yo sé que esa prueba es muy fuerte dentro de nuestra sensibilidad. A mí me ha hecho una impresión muy grande, me ha dado una remoción muy fuerte la partida del Vallecito. Tenía para mí virtudes conscientes e inconscientes, mérito personal, y de raza, no sé qué comunicación misteriosa con lo racial que ha sido rota por los ultra civilizados. Era ella para mí, Marta, un poco magia y otro poesía. Yo la quería más de lo que ella supo. Me hacía bien estar con ella hasta en silencio. Algo suyo pasaba a mí, algún bien tónico y casi visible. Yo esperaba volver a verla. Y nos veremos, sí, pero en otra parte. En otro país volveremos a estar juntas y ella velará por mí y yo velaré por ella. Estoy segura de este reencuentro y de esta vida común. No sé decirle por qué, pero estoy cierta.

Ella fue madre totalmente, cabalmente. Los adoraba, los admiraba, uno a uno y me hablaba de ustedes como una enamorada. Tengo presente su cara, su voz, su paso, su mirar, todo. Dígame algo de su muerte, tan extraña para mí por la fuerza que había aun en ella.

El cruce de Santa Fe a la ciudad de Paraná dio a Gabriela Mistral la oportunidad de contemplar en toda su amplitud uno de los ríos más soberbios del mundo. La grandeza del Paraná le arrancó frases de elocuente admiración y ante su público entrerriano insistió en lo que significaba como incentivo de elevación espiritual vivir a orillas de algo tan majestuoso como esa imponente corriente de agua.

La recorrida de Gabriela por el litoral argentino terminó en la ciudad de Rosario. Allí, entre los agasajos, le organizaron una excursión en lancha y pudo admirar el espectáculo de los innumerables elevadores de granos (entonces Rosario era todavía el segundo puerto cerealista del mundo) y las frondosidades de las islas.

La riqueza agrícola de nuestra llanura la había impresionado profundamente. Para ella la Argentina será siempre el país de las mieses y los ganados:

*Alcanza a la cintura
el trigo capitán.
Los brazos segadores
los lame el pan.*

La perseguirá constantemente el recuerdo tenaz de la fertilidad de nuestro suelo:

*... porque el anillo se rompe
con la fuerza de las mieses.
Siete veces se nos rompe
y se junta siete veces.*

*En la Pampa va cruzando
la grosura de las reses
y la ronda blanca parte
negruras y bermejeces.*

En la versión ampliada de *La Cuenta Mundo*, aparecida en la segunda edición de *Ternura*, una de las secciones está dedicada al trigo argentino:

*En cuanto la espiga dobla
su cogollo desfallecido;
en cuanto cuaja la barina,
calla-callando, hijo mio,
antes de que toque el suelo
y coma barro sombrío,
y vaya a ser magullado
el trigo de Jesucristo,
se levantan a segar
los brazos santafesinos.*

Al finalizar su visita al "trébol de ciudades del Paraná", Gabriela Mistral escribió en Rosario su precioso *Mensaje a los niños del Litoral*. El 5 de abril de 1938, en uno de los salones del hotel Italia, pocos momentos antes de su partida, pidió papel, se instaló frente a una mesa pequeña y dejó estampado al correr del lápiz ese magnífico trozo de antología. La rodeaba numerosa gente amiga que había acudido a saludarla. Las conversaciones cesaron de repente al notar que Gabriela estaba escribiendo. Esta, sin levantar la cabeza ni detener el lápiz, nos dijo casi imperativamente:

—Sigán hablando. A mí no me molestan para nada.

Llenó sus cuartillas, les dio una rápida leída, las firmó y con trazo firme puso la dedicatoria:

Dedicado a Dolores Dabat y Olga Cossettini, maestras ejemplares del Paraná.

Y en manos de Dolores Dabat y Olga Cossettini, allí presentes, quedó el *Mensaje* como canto de despedida a esas tierras feraces que ella iba a abandonar dentro de unos instantes.

El espectáculo de los elevadores de granos rosarinos, "erguidos como torres de Cibele", había sacudido hondamente a la escritora. Eran el exponente de una ilimitada producción de cereal:

"Yo nunca olvidaré, niños argentinos, esos graneros rosarinos, empinados como aleluyas del trigo; siempre llevaré en mis ojos su signo blanco, su raya vertical, su dedo afirmador de la abundancia feliz."

"Lindo destino os regaló la Providencia, niños del Paraná. Podría decirse del sustento del hombre que lo primero es el pan y lo último es también el pan."

"Vuestra llanura es una horizontalidad perfecta, por voluntad de pan; vuestra lluvia también cae copiosa por voluntad de pan y vuestro aire vuela sin vidrios de hielo, igualmente por amparo del pan."

"La Argentina plantó y crió lo que era menester, se aplicó como quien dice a las raíces del ser, oyó lo que pide la boca del niño y dio las espigas y lo que reclama la del trabajador y desató en la pampa su ganadería homérica."

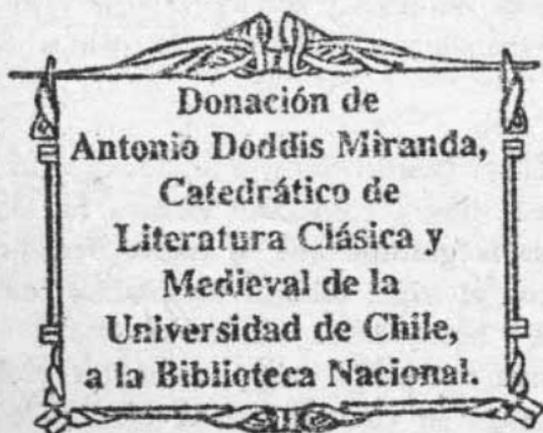
.....
"¡Alabad vuestro cereal santo, aunque lo tengáis resabido y sea vuestra costumbre eterna! La alabanza es el regusto de la gratitud que se vuelve devoción. ¡Haced himnos con el trigo, dibujos incontables con la espiga y la gavilla y haced danza con las parvas!"

"¡Ande siempre el trigo en vuestra probidad racial; vuele el trigo en vuestro donaire criollo; los americanos palpemos en vosotros siempre una nobleza de trigo, y seáis vosotros, niños argentinos, lo que esta vieja maestra

quiere, cuando mira a cada niño de su raza: grano maduro para resistir el mal y grano tierno para amasar la humanidad que pide todavía Cristo, la cristiandad cabal, la que parece que no hubiese nacido aún y que Cristo tal vez ya no espera sino de nosotros, gente americana, gente nacida para la nobleza y la piedad totales!”

El *Mensaje* nunca fue incluido, hasta ahora, en ningún libro. Se publicó en Rosario en hoja suelta y se lo distribuyó ampliamente en los círculos docentes y literarios. La revista SUR lo reprodujo íntegramente en su número 44. Los acontecimientos posteriores, tanto de orden nacional como internacional, lo relegaron al olvido. Fueron pasando a segundo plano muchos “mensajes” que hablaban al espíritu.

La lectura de esta página debiera ser de práctica constante en las escuelas argentinas. Creo que no hemos sabido valorar debidamente el inapreciable regalo que nos hizo al pasar uno de los valores poéticos más grandes de América.



PALABRAS FINALES

La aproximación a Gabriela Mistral en estas páginas es sólo desde el punto de vista humano. Quede a los críticos literarios la tarea de analizar con hondura el vigoroso y original estilo de la escritora y hurgar en la asombrosa riqueza de su vocabulario. Me he limitado en estos trabajos a presentar a la mujer campesina, a la maestra rural, amante de las cosas del pueblo, que salió de las profundidades recónditas de un valle chileno para escalar las cumbres más altas de la poesía.

INDICE

	PAG.
Palabras preliminares	9
Gabriela Mistral; Campesina del Valle de Elqui	15
La familia de Gabriela Mistral	43
La hermana mayor	65
Amo Amor	87
La maestra autodidacta	103
Gabriela Mistral y el litoral argentino	125
Palabras finales	141

Impreso durante la primera quincena
de Enero de 1969, en los Talleres
Gráficos Del Escritor Espinosa 1127,
Buenos Aires, República Argentina

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPTO. CENTRO NAC. DE PROCEDES TECNICOS
DL 14 Aso. 1991
Ca D C9
SECC. CHILENA



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social, político y cultural, básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.